



1a ciudad IMAginADA

1a ciudad IMAginADA

Gloria Inés Ceballo Hurtado, docente
estudiantes del espacio académico
Taller de Producción de textos 2º semestre académico
febrero a junio 2017
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS





La ciudad IMAginADA

ESTUDIANTES SOÑANDO LA PAZ

Gloria Inés Ceballo Hurtado, docente
estudiantes del espacio académico
Taller de Producción de textos 2º semestre académico

febrero a junio 2017

FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS



Estudiantes del espacio académico
Taller de Producción de textos 2º semestre académico
febrero a junio 2017
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
Bogotá, Colombia

Índice

| | |
|--|----|
| La ciudad del aire _____ | 11 |
| Legalización de sueños _____ | 17 |
| El parque de los abuelos _____ | 23 |
| La ciudad de las sombras _____ | 25 |
| La ciudad de las montañas _____ | 27 |
| La ciudad de la luz extinta _____ | 31 |
| La ciudad del recuerdo, la ciudad de tu recuerdo _____ | 35 |
| La ciudad de los recuerdos _____ | 39 |
| La ciudad sin sentidos _____ | 43 |
| Ciudad de emprendedores _____ | 51 |
| La Ciudad Tricromática _____ | 55 |
| La ciudad perdida del Tártaro _____ | 59 |
| La ciudad ideal, la que queremos todos _____ | 63 |
| La ciudad de los sueños _____ | 67 |

| | |
|---|-----|
| La ciudad extraña | 71 |
| La ciudad de las colitas felices | 75 |
| La ciudad efímera | 79 |
| Utopía | 83 |
| La ciudad adorable | 89 |
| Ciudad de las pesadillas | 93 |
| La ciudad de las mascotas que se fueron | 97 |
| La ciudad de las nubes | 101 |
| La ciudad perdida | 105 |
| La ciudad de todos y de nadie | 109 |
| La ciudad de perfecta melodía | 115 |
| La Ciudad congelada | 119 |
| La ciudad de la esencia | 125 |
| La ciudad de los cuatro mares | 129 |
| La ciudad de la montaña | 133 |
| La ciudad de las buenas personas | 137 |

| | |
|-----------------------------------|-----|
| La ciudad detrás del espejo | 141 |
| La ciudad del misterio silencioso | 147 |
| La ciudad de la ilusión | 153 |
| San nicolás | 161 |
| La ciudad del pensamiento | 165 |
| La ciudad de ruedas | 169 |
| La ciudad de la luna | 173 |
| La ciudad sin nombre | 177 |
| La ciudad de Ónix | 181 |
| La ciudad futbolera | 187 |



Presentación **La ciudad IMAginADA**

Dicho ejercicio se planteó como parte del contenido del curso de Taller de Producción de Textos, espacio académico de segundo semestre de la Carrera de Comunicación Social en la Universidad Santo Tomás y que corresponde al tema de narrativa.

Este libro contiene el resultado de un ejercicio de escritura a partir de la lectura de algunos relatos presentados en El Libro de las Ciudades, de Celso Román, editado por Panamericana en el año 1997. También se propuso la lectura de Las ciudades invisibles, de Italo Calvino. Además, se realizó una reflexión del texto publicado por Jesús Martín Barbero: Necesitamos jóvenes problemáticos (El Espectador 31 de enero de 2017, sección Pedagogía), en el que plantea que los jóvenes han empezado a reclamar espacios en la construcción de paz.

Se les presentó a los estudiantes la idea de imaginarse una ciudad, para vivir en este país, con el fin de construir un lugar desde la paz y que empieza por el pensamiento. De ellas se puede observar, no solo la mirada de los jóvenes, sino sus acercamientos a lo que consideran importante en su entorno. De esta manera se destacan los lugares

cotidianos como parques, naturaleza y ciudad. También sus imaginarios de la violencia cotidiana y de las ilusiones de una ciudad más acogedora, construida por sus mismos habitantes.

La posibilidad de soñar y crear con la narración, es un primer acercamiento a los imaginarios de los estudiantes. Es también la oportunidad para motivarlos en soñar con lo que quieren para su futuro cercano en este momento que el país está viviendo el proceso de paz y es el tiempo oportuno para construir a conciencia, sabiendo que cada persona interviene en esa edificación y la construcción de ciudadanía desde la paz.

El proceso de escritura fue lento. Elaboramos los textos por párrafos que se iban corrigiendo de tal forma que todos podían aprender sobre la forma de escritura de sí mismos y de sus compañeros. Elaborar el texto en partes y dejarlo reposar les permitió corregir y entender cuáles fueron sus propias dificultades. Además, leerlo con calma dio ideas para seguir construyendo cada historia.

La mirada atenta sobre la redacción, coherencia, ortografía y la acción creativa se enriquece en la medida que todos pueden participar mejorando la elaboración de cada texto. Algunos tienen más facilidad para escribir que otros; sin embargo, todos tienen la posibilidad de soñar e imaginar esa ciudad esperada. Algunos estudiantes dejaron el escrito como una tarea, y otros lo soñaron y crearon “ciudades imaginadas”, como fruto de lo que sueñan y de sus propias vivencias.

Lo que nos une como seres humanos, como compañeros y como familia en la Universidad y la sociedad, es producto de una Gran Consciencia que sentimos a través de lo que llamamos AMOR y que está en lo profundo de cada ser. Eso es lo que las letras reflejan en cada uno de los textos elaborados por los autores. Por lo tanto, este ejercicio refleja, no solo el estilo de escritura, sino el alma de cada individuo para construir país.

Las diferencias de talentos muestran esas diversas formas en que cada persona se muestra y por ello doy gracias a que la Universidad nos permite honrar la diferencia para crear una sociedad más inclusiva. Desde este libro-texto se muestra cómo todos podemos estar en las hojas que conforman el todo y eso lo hace maravilloso.

La visualización de los textos se realizó gracias al aporte de Yeny Sanabria Herrera, la madre la estudiante Lisa Nohelia Méndez Sanabria, de algunos dibujos de los autores que visualizaron su propio texto (Daniela Díaz Álvarez, Fredy David Castañeda Gómez, Julieth Pauline Mayorga Cubillos y Luis Alejandro Becerra Peñaloza) y de mi esposo, José Raúl Insuasty Mora, publicista. Para ellos un agradecimiento especial. La presentación de cada historia se realizó por orden alfabético de nombre, excepto el de la docente, que es el que abre este libro.

Gracias a cada uno de los que aportó para que tengamos este producto ante nuestros ojos.

GLORIA INÉS CEBALLOS HURTADO

Docente

La ciudad del aire

Rodeada de montañas que la intentan proteger de los vientos del norte, está la ciudad del aire.

Ella se asienta levemente sobre un terreno que, aunque inestable, aparenta ser fuerte.

Cada día se construye una nueva vivienda que cobijará a otra familia. Todos se sienten seguros porque eso les permite tener un espacio en el suelo y evitar el vaivén del aire, que a veces, toma fuerza de huracán.

En esta ciudad sus habitantes disfrutan de la levedad y por ende de la posibilidad de soñar. A través de los sentidos todos pueden hacer parte de ella de diferentes formas: el primero que sobresale es el olfato. Todo lo que sucede alrededor se sabe porque el aire lleva en sus

infinitesimales partículas, el residuo de las acciones de los hombres, mujeres, animales o plantas que intervienen en la cotidianidad.

Los vecinos reconocen cuando un niño ha jugado con la pelota, porque el polvo que esta tocó, lo lleva al aire que con fuerza la desplaza por el campo. Si ha sido un lugar sembrado de césped y rodeado de árboles, el olor es diferente al de la tierra árida o al espacio de una calle cercana a una fuente de agua contaminada.

Las zonas de la ciudad se diferencian: eso la hace más variada y a la vez impulsa a los hombres y mujeres a vivirla de formas diferentes. No todos se comportan de la misma manera y por eso en algunos sectores se puede vivir mejor que en otros. A veces no depende de la posición o del lugar en que nacieron, sino de la posibilidad de acercarse a lo que tienen. Puede pensarse que es el azar lo que interviene, pero hay otros que piensan que un desorden generado en la composición del aire es el causante de cambiar las reglas que por siglos se han mantenido para separar a los privilegiados, de los que no lo son.

Cuando llueve, el aire limpia la polución que los vehículos emiten y entonces se respira la humedad y la frescura. No importa si está en el norte, el sur, oriente u occidente. Todo se transforma con un olor sutil de aire puro, aunque esa ilusión dure tan solo unos momentos.

También el sol hace que suban vapores de la tierra, del asfalto y aún de los mismos cuerpos de sus habitantes. Se mezclan los aromas sutiles y fuertes entre el vaivén del tránsito en las vías, de los espacios abiertos y

cerrados, de los transportes públicos. En fin, de los lugares en los que se encuentran las personas.

A veces, los perfumes fabricados son más fuertes que los que producen las hormonas y entonces pareciera que se cocina un amalgama de olores que generan en algunos la atracción y en otros, la sensación contraria. Eso provoca, a su vez, que en ocasiones brote el desagrado y se enfrenten las personas. Aunque también, es la oportunidad para encontrar el amor, el otro que complementa y al que se ha buscado por una eternidad.

El gusto entra de lleno a completar a la sensación anterior. Poco a poco se acercan esos cuerpos para comprobar lo que ya un sentido percibió. Cuando la atracción empuja lo humano de esos seres, empieza la boca su trabajo minucioso. Comienza por la lengua que tuerce sus pliegues para tragar los bocados de alimento y pasa hacia el cerebro el gusto por lo dulce, lo salado, picante o ácido. Todo mezclado en un torrente de sabores.

Pero por este órgano también transitan las palabras que permiten unir o separar. Es la boca la encargada de abrir espacios entre otros, con dulzura, o conseguir brechas, por acidez. Cambia si la intención es la de ser picante, o arrojar veneno. Sus habitantes lo saben desde que aprenden con los mayores esa sutileza que solo la da convivir con los adultos y estudiar con las miradas, lo que sus mayores quieren transmitir. Pero ese juego se convierte en la supervivencia dentro de esa ciudad que cada vez es más intrincada.

El tacto toca con fuerza la piel de los humanos. Todo el cuerpo está cubierto por ella y es a través de su contacto que el aire se expande para provocar el remolino de sensaciones táctiles. Y es así que, con un soplo profundo, la piel se eriza y transforma el interior. Los vellos de la piel introducen los impulsos eléctricos que se meten hacia el interior de los cuerpos, atraviesan por las venas y desplazan por la sangre esas percepciones. Llega hasta los órganos de maneras diversas y produce en ellos respuestas diferentes, acordes a lo que ese soplo ha generado. Desde la euforia, hasta la mayor depresión, el aliento de la vida se instala en cada organismo. No existe espacio vacío y por eso el tacto, sutil a lo físico, también se instala en las relaciones visibles. Todo está rodeado del aire que lo llena “todo”.

La vista no tiene mucho que hacer en esta ciudad. Solo se evidencia a través de lo que los demás dicen. Ni la luz, ni la oscuridad pueden mostrar cómo el viento la habita. Es un sentido sin sentido aquí, pues son los otros sentidos, quienes pueden percibir lo que acontece. Está allí atenta esperando el instante en que de alguna forma inesperada se presente ante ella. Espera silenciosa, tranquila. No pierde la esperanza en que aparezca el resquicio por el que se cuele aunque sea un rayito de luz que muestre cómo es el viento. Entonces, se apoya algo que aparenta no estar, pero que es: el de la intuición. No hay nada, ni nadie que no lo tenga, aunque a veces pareciera no existir. Cuando el corazón está dispuesto y el alma se conecta, todo cobra realidad. La percepción entra en el juego cuando no se puede observar a través de los ojos, y permite conectar las vidas, las relaciones, suavizar los encuentros, alejar las disputas, enredar los corazones y dejar que la vida misma fluya.

Sin embargo, por lo general, nadie quiere aprovechar este sentido porque la dulzura es para muchos empalago. Prevalece la decisión del individuo, de lo aislado, de lo propio, individual y solitario, porque eso produce más seguridad. Compartir no está en lo que fluye de la cotidianidad en esta ciudad del aire.

Entonces aparece el oído, que se agudiza cuando suena en susurros la brisa. A través de las orejas entra el sonido de todo lo que acontece alrededor. Unos son suaves y agradables, y otros adquieren un volumen agresivo. Solo en las noches este baja y se puede apreciar la calma que esos niveles producen. Entonces los sonidos acompañan a las personas que, atentas, pueden comunicarse entre ellas. No necesitan gritar para unir los pensamientos. El aire transporta las ondas que la boca genera en palabras para ser recibida por el otro. Y es cuando todos pueden escucharse. Ese es el fin que el aire inspira: todo está unido en el espacio, que se une en hilos invisibles a los ojos.

La ciudad del aire por fin se muestra en toda su grandeza. La vida adquiere el sentido de armonía, solo cuando puede ser acogida en la plenitud que el aire inspira. ¡Solo respira! ¡Esa es la vida! Y como el aire que todo lo toca, todo es perfecto, porque ES.

Legalización de sueños

Aquella ciudad es negra y gris con un cielo nublado, con nubes llenas de agua queriendo desembocar en chorros como si fuera aquella tristeza de todos quienes ven al cielo. No se sabe qué será de ellos o qué será de su vida en esta ciudad mal repartida. Es así que un joven queriendo poner un poco de color a aquellas paredes blancas y grises, se propone la idea que puede cambiar el rumbo de esta ciudad. También le puede cambiar la vida al protagonista, ya que en esta ciudad llena de tristezas no se permite el uso del color, porque es prohibida para la sociedad; este derecho de soñar e imaginar es ilegal. Jeison, cansado de esta política, decide reunir a algunos de sus fieles amigos para concientizar aquellas personas opresoras de la ley y el capitalismo.

Jeison llama a cada uno de sus amigos. El primero de ellos es Marco, que sin pensarlo dos veces, dice sí. El segundo es Juan, que



después de explicarle varias veces, también acepta. El tercero es Alex, el mayor de todos y con la característica de ser el más frío de todos, dice sí, sin importarle nada; por último, la hermosa y sensual Mariana, la chica del grupo y es quien le va a poner orden a esta idea y a este grupo de chicos.

La llamada de Jeison era para que se encontraran a la media noche en su casa, para exponer la idea que no lo dejaba en paz. A la hora acordada, fueron llegando. La primera, y como es de esperarse, fue Mariana, luego Marco, seguido de Alex y por último Juan, aunque eso no era sorpresa, ya que es algo distraído y torpe. Una vez conformado el grupo, Jeison toma la vocería y empieza a decir.

Muchachos, he soñado con la mejor ciudad. Esta mañana, cuando me bañaba, al cerrar los ojos, vi colores por todos lados: verde, rojo, azul, todos se mezclaban y conformaban más colores. Alex, el más escéptico del grupo, respondió: otra vez fantaseando. ¿Para eso nos hizo venir? Jeison respondió: Sí, chicos. ¿No están cansados de toda esta mierda que estamos comiendo, de la pobreza, de los días grises? Si, no lo están yo sí y ya quiero poner un alto a eso. Todos quedaron callados, porque nunca habían visto a Jeison de esta manera. Se miraron entre ellos y entendieron que eso era en serio. Entonces, Mariana pregunta: ¿cómo piensas hacer lo que soñaste, ya que eso es ilegal y prohibido para nosotros, los ciudadanos?

Jeison responde: Los cité para que supieran lo que estoy planeando. Ya les expuse mi sueño y lo que quiero es llenar toda la ciudad de color, pero necesito ideas, necesito que se pongan a pensar qué funcionaría

para cambiar esta realidad. Así que chicos, a pensar. En la próxima reunión exponemos las ideas. Sueñen qué quieren, porque desde hoy empieza nuestra revolución.

Fue así que cada uno de ellos empezó a soñar y a escribir en hojas cómo les gustaría que fuera su ciudad. Mariana, la más romántica, soñó con pintar las paredes de color rosa, flores y animales, para que cada persona, al ver estas pinturas, se llene de vida y sienta que está en un jardín. Marco soñó con su ciudad pintada de verde, ya que su pasión es el fútbol; arcos de fútbol por todos los lugares, con el fin de que la gente pueda imaginar que está en un campo de juego y pueda sentir las sensaciones de un partido. Alex soñó con una ciudad azul y llena de nubes, ya que su sueño es volar y tocar las nubes, que la gente se sienta que está volando. Y Juan soñó con su ciudad llena de colores por todos lados, morado, verde, amarillo, etc.

Al día siguiente se volvieron a reunir en la casa de Jeison, donde cada uno expuso su sueño. Empezó Mariana y terminó Juan. Jeison tomó la vocería diciendo: vamos a repartirnos y nos vamos a separar por cuadras. Mariana puede ir por la panadería de doña Gloria, Marco en la cuadra siguiente donde queda la miscelánea, Juan al frente de Marco y por último Alex, que por ser el más ágil y rápido, por la cuadra donde transitan más los carros, por si pasa algo para que pueda avisarnos y alcanzar a salir corriendo.

Esa noche, en una hoja, hicieron el plan a donde iba a estar cada uno, cómo se iban a encontrar y cómo tendrían que salir si pasaba algo. Todos quedaron que se realizaría la siguiente semana, ya que la ciudad

cumplía años y querían que ese cumpleaños fuera recordado y tuviera un cambio.

Al acercarse el día ellos estaban muy preocupados, ya que estarían por cometer un delito, pero también muy motivados porque iban a cambiar aquellas paredes grises y tristes, que reflejaban las caras de las personas de esta ciudad.

Finalmente llegó la noche tan esperada. Uno a uno fueron llegando a casa de Jeison. Todos iban vestidos de negro, para no ser vistos. Salieron por la ventana, con mucho cuidado, sin hacer ruido. Cada uno llegó a su posición y con cautela, sacaron los tarros de aerosol y comenzaron a pintar en las paredes. Mariana empezó a pintar unos pétalos blancos, adornados como rosas y un paisaje muy realista. Marco pintó los mejores arcos que cualquier estadio desearía tener. Alex pintó el cielo azul, con pocas nubes, ya que quería un cielo despejado. Juan cogió dos latas de aerosol y empezó a vaciarlas por toda la pared, sin obtener alguna forma, porque dice que cuando la gente lo vea, puede imaginarse lo que quiera ver.

Jeison ya estaba en la mitad de su obra de arte cuando escuchó unas pisadas y al mismo tiempo gritos: ¡Corran! ¡Corran! Nos vieron. Era Alex, bajando por la cuadra de Doña Gloria, con Juan a su espalda. Mariana y Marco estaban escondidos detrás de unos cilindros de basura. Habían llegado cuatro uniformados al lugar donde Jeison estaba y ellos lo agredieron. Entonces, Jeison sacó fuerzas de sus brazos para empujar a los policías, salió corriendo, pero a media cuadra sonó un disparo, que le impactó en la parte inferior de la costilla. Jeison cayó de rodillas

contra el asfalto y enseguida, de su cuerpo salió un montón de sangre que empezó a correr por una rendija de la alcantarilla. Preocupados, Mariana y Marco salieron de su escondite y se dirigieron hacia donde estaba Jeison. Agonizando y balbuceando palabras, le escucharon pronunciar:

-Lo veo. Lo veo. Es perfecto. Es la ciudad que siempre soñé. Está llena de color por las paredes, el sol brilla más que nunca y la gente es feliz y amable.

Jeison cerró sus ojos y como si fuera un parpadeo, volvió a abrirlos. Se levantó y vio su ciudad llena de color, de vida y alegría. La ciudad que siempre imaginó y soñó, estaba al frente suyo.

El parque de los abuelos

Que hermoso es pasar por aquel parque en donde todas las tardes bajo ese bello cielo lleno de luz y de vida, veo a mi hijo feliz, gateando y dando sus primeros pasitos. Pienso en qué agradable es ser niño y disfrutar la vida como lo hacen ellos. Estoy sentada en una banca junto a mi abuela, quien es mi confidente y amiga, con quien comparto las mejores historias y la escucho susurrándome al oído. Ahí está otra vez relatándome su historia de amor y romanticismo.

En ese mismo parque donde los abuelos, se enamoraron mis abuelos en un día soleado. Solo bastó una mirada y un par de latidos fuertes, para que esos dos viejos juntaran su vida.

Entonces entendí que una ciudad no sería una ciudad, sin parques, aquellos que nos recuerdan que todos llevamos un niño por dentro. Lo cierto es que aunque el tiempo pase y las generaciones cambien, un parque siempre conservará parte de nuestra vida, así como en nuestros corazones siempre llevaremos pequeños recuerdos de nuestra niñez.

Al final, todos los niños que juegan en este momento en los diferentes parques de la ciudad queriendo crecer rápido y ser grandes ya, sin pensar en lo dura que suele ser la vida, son los que le ponen ese toque colorido a este lugar y son estos niños que al llegar a la vejez sintiéndose melancólicos, van a los parques a recordar parte de su vida.

Las ciudades sin un parque y sin los abuelos que alguna vez fueron niños en estos, son como una persona sin corazón.

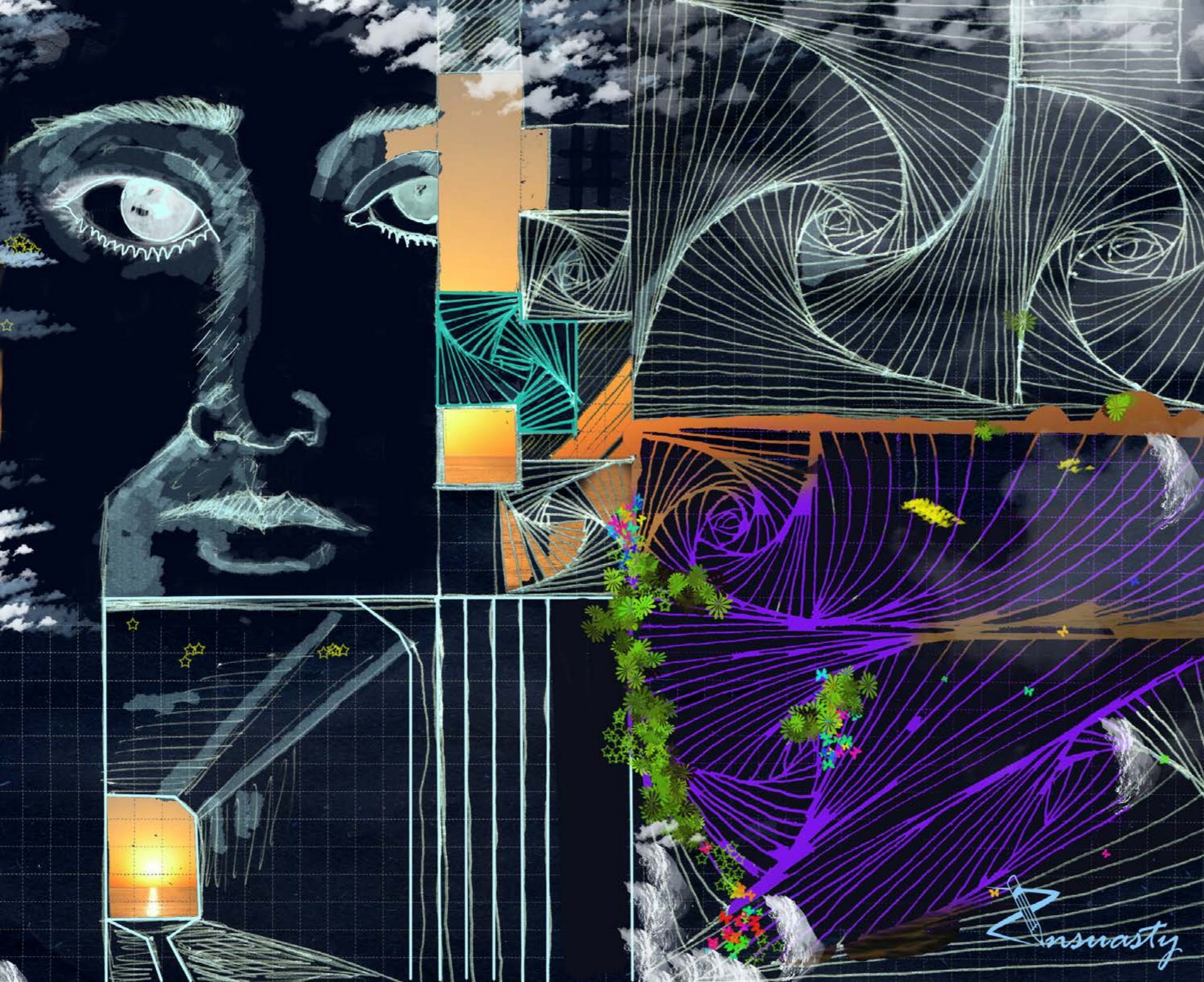


La ciudad de las sombras

La ciudad de las sombras es un hermoso lugar. A pesar del trasfondo oscuro y sombrío que va ligado a escuchar su nombre, es un lugar bastante amigable, puesto que llega a ser acogedor de alguna manera. Lo mágico y especial de este sitio, es que cuando todas las personas se van a la cama a dormir, las sombras, que a diario están acompañando a las personas que vemos, desaparecen, llegando inmediatamente a esta ciudad y la transforman en el lugar más concurrido en el mundo.

Esta ciudad es visible únicamente para su amiga la oscuridad, la cual está siempre al tanto de todo lo que pasa en ella. Las sombras, por su parte, cumplen su labor en la fábrica de producción de sueños, ya que es de vital y de suma importancia, para que sus cuerpos materiales se mantengan con la llama ancestral encendida y no fallezcan. A las sombras que poseen un cuerpo material envejecido les cuesta cada vez más elaborar sueños y pensamientos con lo cual casi siempre terminan muriendo. Es por eso que en la ciudad de las sombras, ellas permanentemente están conversando y compartiendo ideas, sueños, o pensamientos que alimentan la fábrica, aunque, para ser sincero, las que más contribuyen, son las sombras bebés. Ellas sí que son las más creativas de todo el lugar.

La ciudad de las sombras es un encantador lugar; allí viven las responsables de que en las noches soñemos cosas maravillosas y en ocasiones también cosas quizá no tan placenteras. Esto se debe al trabajo de las sombras. Sin ellas, quizá no pensaríamos o actuaríamos de la manera que lo hacemos ahora. A pesar de ser la ciudad de la oscuridad absoluta, siempre estará ahí para llenar nuestra vida con la luz, aunque sea un poco diminuta.



La ciudad de Las montañas

Amanece. Es un nuevo día en la ciudad de las montañas. Los primeros rayos de luz caen sobre aquellos paisajes color verde esmeralda, y hacen que la hierba despierte de aquel sueño con raíces de chocolate. La gente despierta, levanta su mirada al cielo como lo hacen frecuentemente, hace un gesto de sonrisa muy distinto al del día anterior. La oscuridad y la lluvia huyen rápidamente de los bonitos samblajes que realizan los habitantes de la ciudad.

Pequeñas personitas, así son los habitantes de la ciudad de las montañas: tienen ojos de zafiro y una pequeña boca de tono rojo rubí, sus cuerpos son delgados pero no frágiles. Cada día, antes de salir de sus



hogares, empacan en sus maletas, sueños y esperanzas para poder ir a cumplir todo lo que desean.

Con la dulce brisa de la mañana, caen como cristales las gotas de rocío sobre las preciosas flores de los vecindarios. Falta muy poco para que las rosas extiendan sus pétalos, los tréboles y las orquídeas esperan impacientemente para ese bello momento.

Las calles polvorientas reflejan un ambiente tranquilo en la ciudad; sin embargo, las montañas se ocultan detrás de los edificios, por el temor que les causa el ruido del día. Cuando llega el ocaso a la ciudad de las montañas, es agradable ver cómo el sol añade un pequeño tono opaco sobre ellas. En los marcos de madera que rodean las ventanas, se refleja el resultado de la combinación de los colores del sol, las nubes de algodón y las montañas. Los habitantes de la ciudad, creen que para declarar el amor verdadero, hay que hacerlo en el marco de la ventana, justo al atardecer.

Ha llegado la noche para la ciudad de las montañas; una preciosa roca de perla se coloca en la cima para alumbrar lo característico del lugar, su color verde esmeralda ha cambiado a verde pastel. Se escucha solo la suavidad del viento; las personitas cierran sus ojos y descansan con la tranquilidad de haber cumplido los sueños que anhelaron y empacaron en sus maletas en ese día.

El firmamento se despierta, las estrellas se van colocando en posición para disfrutar el arrullo de la brisa y el olor de los jazmines, la noche con ansias espera poco a poco despedirse, para otorgarle al sol el privilegio de despertar a las montañas con sus rayos de luz.

La ciudad de la luz extinta

Las calles son solitarias. Apenas Lunas cuantas almas se ven pasar, que sin rumbo fijo, caminan sobre suelos de oro y marfil.

Árboles con hojas de plata y troncos de cobre rodean la ciudad. Espíritus deambulando con resiliencia en la eterna noche, buscan el alba anhelada que sus ojos quisieran apreciar. Pero solo unos cuantos tienen la fortuna de ver la luz que yace en la lejanía.

Algunos tienen el sueño de sentirla en lo más profundo de su ser. Mientras que la mayoría se consuela con polvo de oro y casas de cristal.

Las noches son frías, brisas de viento viajan enfriando los corazones de los ciudadanos,

aunque ciertos momentos del año se cuelan ráfagas de aire tibio que generan sonrisas inesperadas entre los habitantes.

Es común ver ciertos insectos que rondan los árboles; estos también son de piedras preciosas y solo en verano salen, pero en esta ciudad hay tantas riquezas, que muchas veces son desapercibidas. Se camuflan entre flores exóticas que expelen olores exquisitos. A pesar de tanta belleza la ciudad luce triste; las personas conservan la mirada perdida y expresiones serias o de descontento, porque siempre están buscando la luz.

Con añoranza miran al cielo, pero no hay más que nubes oscuras. La luz esta extinta, ¿se agotó o no va a volver? ¿Acaso se escapó? ¿Y si alguien la robó? Son preguntas que se hacen constantemente los ciudadanos. Nadie sabe con certeza qué le pasó a la luz. Desde hace años la ciudad no ve el día. Muchos dicen que cuando la luz dejó de existir, consigo también se fue la esperanza de la mayoría. Los ancianos dicen que fue un castigo por la mezquindad de un pueblo entero, pues a pesar de la prosperidad en la ciudad, siempre hacía falta la cordialidad y el acto de compartir.

El tiempo en esta ciudad es relativo. A veces es más lento, a veces más rápido. Los niños, inocentes, llevan en las manos lujosos juguetes, los adultos trabajan y el dinero nunca escasea, mientras que los ancianos miran el horizonte profundo. Pareciera que la vida fuera más allá del cielo. Algunos conservan la esperanza en la mirada, mientras que otros, contienen las lágrimas.

Pero aunque la ciudad parece deprimente, hay fragmentos de esperanza. Las jóvenes almas, entre carcajadas y murmullos, pueden ver leves rayos de luz que emergen del suelo. Solo la pureza de aquellos seres, puede apreciar el resplandor que ha dejado de iluminar aquella ciudad.

Por unos instantes estas risas se contagian entre adultos y ancianos, que levemente sonríen al escuchar la alegría que se materializa en carcajadas, y entonces, por un momento, se siente plenitud entre los habitantes.

Muchos de ellos cambiarían sus fortunas por ver la luz y sentir de nuevo la felicidad.

Y aunque solo las almas más jóvenes puedan ver algunos chorros de luz que del suelo se asoman, la esperanza aún no ha desaparecido.

Tal vez la luz ya no esté en todos los rincones; está perdida, tal vez escondida, pero aún no ha dejado de existir, solo está extraviada.

La ciudad del recuerdo, La ciudad de tu recuerdo

Cielo gris o a ratos soleado cuando se recuerda el día en el que el sol no dejaba de brillar sobre ellos. Calles empedradas que fueron caminadas por quienes juraron construir una misma historia juntos. Prados verdes que aún tienen la estampa de sus cuerpos recostados sobre ellos. Flores multicolores que él recogía para llevarle como símbolo de amor a su compañera de vida, o tan solo una parte de ella. Estrellas, tan brillantes como sus grandes y bellos ojos en los cuales siempre habitaba el reflejo de él, su amado. Luna menguante como la de aquella noche.

No existe tiempo exacto; una hora es equivalente a un segundo si se está con la persona adecuada. Los sitios turísticos son todos aquellos lugares que fueron recorridos mientras iban tomados de la mano. ¿Salas de



Znsuasty

cine? Solo una y en ella se reproduce una y mil veces aquella película que con tantas ansias juntos esperaron su estreno. El transporte público es todo un caos, los semáforos parecen estar en contra cuando se hace tarde para la cita del próximo encuentro.

Parques inmensos en donde suenan las canciones que solían bailar mientras sus bocas desaparecían entre beso y beso. Restaurantes, heladerías, pizzerías, “chuzos” de comidas rápidas donde compartían de su orden.

Es difícil llegar, fácil partir y toda una odisea olvidar aquella ciudad.

¿Cuántos habitantes hay? Usted y la persona en quien posiblemente pensó.

Estos únicos dos habitantes quienes son los que deciden seguir haciendo historia en esta ciudad o partir y construir una nueva con otro ser.

En esta ocasión, la ciudad estuvo habitada unos cinco meses, luego de este tiempo sus habitantes decidieron abandonarla y buscar nuevos rumbos, quizá en busca de otra compañía.

Ambos tomaron caminos distintos, salieron de la ciudad y ahora recorren las carreteras cercanas a solas y tratando de encontrar la cura para el dolor de la partida.

Olvidar lo sucedido en aquella ciudad es imposible, enterrar el recuerdo es un acto difícil de realizar. Es loco ver cómo esa ciudad pasó de ser

un lugar lleno de felicidad a un sinfín de nostalgia, de tristeza y en ocasiones de arrepentimientos.

Ahora, es una ciudad deshabitada, pero en espera de una nueva ilusión, de unos nuevos pobladores que la llenen de color, que recorran sus calles y construyan una nueva historia única para siempre ser recordados.

La ciudad de los recuerdos

Nada pasa por alto en la ciudad de los recuerdos. Las miradas se pierden en el infinito tratando de hallar algún recuerdo, rebuscando en lo más profundo de las entrañas ese pasado maravilloso al que todos pertenecieron. No hay una sola persona que no sepa de la existencia de la otra en esta ciudad, no por lo pequeña, sino por los recuerdos que comparten, por las historias que cuentan, por el pasado que teje su historia.

La vida no es fácil para el que recuerda. En las cuatro esquinas del centro hay una historia diferente y aunque no siempre es triste la melancolía de regresar al pasado, es inevitable; por esto, el recuerdo constantemente debe ser mojado. Hay quienes prefieren hacerlo en el licor de las once letras y otros que con un café y



moviendo las manos, recrean aquel pasado obnubilante que tanto marca su paso por el mundo.

Los recuerdos también pueden ser producidos por olores, colores, sabores y melodías, cosas que nunca van a faltar en la ciudad del recuerdo. Cada amanecer tiene un aroma diferente, aunque casi siempre se asemeja con el de la tierra mojada, las mañanas acompañadas del olor del café, del pan tostado de la fruta fresca. Corriendo por sus calles, van los niños, de prisa, a estudiar y detrás sus padres, con los ojos tan brillantes que se hacen borrosos. El recuerdo de su hijo recién nacido recorre sus venas y mueve todas sus entrañas; es casi un sueño ver que ya ha crecido y que su cabeza ya no cabe, ni cabrá más en la palma de su mano.

El medio día llega anunciado por las voces graves que ofrecen el almuerzo; en cada esquina hay un restaurante nuevo. Sin embargo, su arquitectura no cambia; siguen siendo las casas de dos pisos con balcones en madera y con palomas en el techo. El comercio cierra y parece que la ciudad se paralizara solo por la hora de almorzar. La ciudad del recuerdo no deja su pasado colonial y tradicional.

Es una ciudad fría y húmeda, porque llueve la mitad del año y en ocasiones la furia de la naturaleza se hace sentir. La ciudad detiene su camino de nuevo y el agua, como los recuerdos, inundan sus calles. Las personas buscan cómo salvar sus cosas. Los recuerdos de pasadas situaciones similares o peores, les han ayudado a trabajar con calma.

La ciudad del recuerdo no deja de trabajar en equipo, entre vecinos se ayudan, no hay alguien que no lo haga. Su crianza está cimentada en los recuerdos de la cooperación.

La ciudad sin sentidos

Lunes en la madrugada, es un día normal para los ciudadanos de la ciudad sin sentidos. Cada uno se despierta de un sueño en el que logran observar sus anhelos, metas, seres queridos, trabajos espléndidos y salarios magníficos. Pero al abrir sus ojos se vuelven ciegos, sordos, mudos, los olores se dispersan y el fino tacto del cuerpo desaparece.

Quizá cuando logran percibir el mundo, sus sentidos desaparecen como por arte de magia. Quizá no hay peor ciego que el que no quiere ver, peor mudo que el que no quiere hablar, peor sordo que el que no quiere escuchar, peor anosmia que el que no quiere oler; incluso peor Síndrome de Riley – Day que el que no quiere sentir el dolor de las cosas

que le pueden generar una buena enseñanza o incluso hacerlo más fuerte frente a la vida.

Pero dentro de esta ciudad observo a una joven hermosa, Alice. Ella vaga por una ciudad sin sentidos, donde todos siguen su camino y nadie mira hacia atrás. Ella aún se siente viva, respira con fuerza, grita con orgullo, llora con pasión, escucha con obediencia y siente con el alma.

Es una chica que no sabe que la observo, pero la escribo cada día en el frío tacto de un cuaderno hueco. Ninguno de los dos pertenece a esta ciudad sin sentidos, pero aún no podemos conocernos. La vida todavía no me ha regalado ese momento con ella, pero tengo tiempo de sobra para seguirla admirando en esta ciudad taciturna mientras ostenta todos sus sentidos.

Manifiesto que no me duermo antes de decirle una bonita palabra, desearle buenas noches y dejarle un pequeño espacio en mi corazón. Expreso que aún sin saber casi nada de ella, siento cómo el esplendor de su cabello ilumina toda mi alcoba. Confieso que para mí no es ridículo querer a alguien tanto, solo sabiendo algunas cosas de ella.

Es la perfección dentro de un mundo sin sentidos, donde ninguna persona aprenderá a amar hasta que lo hace con todo su cuerpo. No es necesario pasar los límites de la naturaleza y aprender telepatía; solo hace falta amar de múltiples formas. Mirar como si fuera la última, besar con sensualidad como si fuera una larga despedida, oler como un perfumista que busca la perfección en una botella, escuchar su silencio más profundo y abrazar con amor hasta tocar su alma.

Mientras tanto, la veo de reojo sentada al fondo del Café Bar leyendo un libro de Bauman y escuchando música. En ese pequeño momento que puedo fijar mi mirada en ella, siento cómo se detiene ese instante, cómo se le van deslizando las gafas cuando baja su mirada para leer, entonces aprecio de qué manera sonrío con bella virtud y cuán largo es su cabello cuando se suelta su moña.

Me quedo mirándola por unos segundos más. De repente, ella levanta su cara, fija su mirada en mí y sonrío. Después de unos segundos, recoge sus cosas y se va con sus mejillas sonrojadas. Nadie comprende lo que pasó en ese momento entre nosotros. Sus sentidos son incapaces de sentir el amor en el aire, porque solo perciben la rutina y la monotonía de sus días.

Al siguiente día me ubico en el mismo lugar del Café Bar, cierro un momento los ojos y percibo a alguien entrar, es ella, Eliana. Ese día ella cambió de lugar y se sentó una mesa más cerca de la mía, abrió su libro, se puso sus audífonos y se acomodó para leer. La pude ver de manera más detallada distinguiendo sus rasgos físicos y sus finas manos con sus uñas perfectamente cuidadas. La próxima vez que la vea me haré más cerca de su mesa y jugaré con nuestra prosa de dos desconocidos.

Al día siguiente, me despierto más temprano para poder llegar antes que ella; me subo al autobús con rumbo a nuestro punto de encuentro. El ambiente, mientras me movilizo, se empieza a tornar gris, las nubes se empiezan a volver más oscuras, el viento empieza a soplar mucho más fuerte y dentro de un par de minutos comienza a diluviar. Llegué al Café Bar empapado, pero con la ansiedad de volverla a ver. Pedí un

chocolate caliente y me senté en una mesa más cerca que el día anterior. Esperé durante toda la mañana, inclusive hasta la misma noche, pero ella nunca llegó.

Hice la misma rutina por más de una semana, pero la chica jamás llegó al Café Bar como lo hacía de costumbre. Ya solo pasaba de reojo por si de casualidad la veía. Los días continuaban y mi rutina diaria por la ciudad sin sentidos continuaba. Creí que la poca inspiración que me quedaba se había ido por la borda de un barco. Para despejarme un rato de mi rutina, a veces, caminaba por los charcos de cemento y me adhería a la extensa estepa de árboles de asfalto y hormigón. ¿Tiene alguna explicación querer conocer una persona sin motivo alguno? Son ese tipo de sensaciones efímeras y utópicas para esta ciudad, pero para mí no.

Me senté en la terraza de la torre donde me hospedaba mirando la ciudad recubierta del esmog, y pensé, detenidamente, cómo podría encontrarla si saber nada de ella. Cerré los ojos y me concentré en el corto momento que estuve con ella, recreando cada detalle de ese instante en que nos miramos. Pude recordar su forma particular de vestir, sencilla pero con toques muy elegantes en su maquillaje y sus uñas, su cabello estaba arreglado y relucía, su mochila era de lana pero sin ningún indicio o símbolo que me dijera dónde encontrarla. Su libro tampoco me decía nada. Pareciera que había agotado todas mis oportunidades de volver a verla; pero increíblemente, había logrado recordar el separador que tenía su libro. Tenía el logotipo de

una academia de psicólogos al norte de la ciudad; pensé que lo más probable era que estudiaba o trabajaba en ese lugar.

Al día siguiente la fui a buscar al sitio, que según mi intuición, era donde estaba. Me senté en una banca afuera de la academia en donde había una plaza grande y esperé hasta que saliera ese rostro conocido que me había enamorado. Duré toda la mañana aguardando, compré un par de empanadas para el almuerzo y seguí esperando hasta casi las 9 de la noche que cerraban la academia. Cuando de repente, un abuelo se me sienta al lado y me dice:

-¿La estás buscando?-

De manera impresionada y como si me hubiera leído la mente, le respondí con forma asertiva.

-Ella sufrió un accidente y quedó con sus pies paralizados. Nunca más volvió a hablar ni a sonreír. Su vida se llenó de tristeza.- Dijo el abuelo.

- Disculpa mis malos modales, mi nombre es Dante, ¿Tienes algún parentesco con ella?- Le dije de manera ansiosa.

-Mi nombre es Evans y soy su abuelo, su único familiar. Te he estado espiando los últimos días desde que ella no volvió al Café Bar. Ella me contó que conoció a alguien diferente entre tanta oscuridad que hay en esta ciudad. Desafortunadamente, a la mañana siguiente, durante la tremenda lluvia, el bus en el que ella estaba, chocó y no pudo ir a su encuentro contigo. Al ver que algo le dio felicidad por un momento, decidí ir a buscarte pero no podía ser imprudente y decirte lo que había

pasado; por eso rectificué que eras el mismo chico que iba todos los días al Café Bar a buscarla. – Me respondió.

Le platiqué todo lo que había pensado de ella y cómo me había llenado de colores mi mundo. De repente me interrumpió y me dijo: -Ve a esta dirección mañana, es mi casa y eres bienvenido. Después de escucharte por más de dos horas, puedo decir que tu corazón es puro y quieres a mi nieta como a ninguna. Será una grata sorpresa para ella y le hará muy bien conocerte.-

Inmediatamente acepté. Me despedí de Evans y me subí a un bus rumbo a mi casa. No podía creer lo que estaba pasando. Por primera vez coincidí en la vida con alguien. Tenía una sonrisa impregnada en mi boca y a pesar de tanto esperar no me sentía para nada cansado. Por fin, en esta ciudad sin sentidos había alguien que me llevaba a la cama con una sonrisa. No pude dormir, estaba demasiado ansioso, me había pasado toda la noche pensando en cómo sería ese momento.

A la mañana siguiente me organicé temprano y tomé un intermunicipal rumbo a la casa de Evans; la dirección que había dado quedaba a las afueras de la ciudad, a 1 hora aproximadamente. El bus me dejó al frente de un camino empedrado, por el cual, caminé alrededor de 15 minutos hasta encontrar la casa de Evans. Evidentemente, la casa tenía un letrero grande en la entrada que decía “Hacienda Alice”, el nombre de su única nieta. Al entrar, me había recibido el mayordomo, Augusto, que me saludó de manera muy fraternal. Lo seguí hasta donde me esperaba Evans y cuando me vio me agarró fuertemente con un abrazo y me dijo: - ¡Gracias! Es muy importante para los dos que estés aquí.

Ella no sabe todavía que vendrías. Sé paciente, pues ella, después del accidente, se convirtió en una más de la ciudad sin sentidos.-

Seguí a Evans hasta el último piso de la casa de la hacienda, donde había una terraza y allí estaba ella, dándonos la espalda mientras observaba el paisaje y la brisa le acariciaba su piel. Evans le dijo: -Alice, tienes visita- inmediatamente ella negó de manera brusca –No me interesa, no quiero saber de nadie, no creo que sea tan importante para alguien. Como ves, después del accidente, todos los amigos que en algún momento tuve, se esfumaron rápidamente.- Evans se dio la vuelta y me susurró: -Es mejor que los deje solos.-

En ese preciso momento se me congeló toda la sangre. Estaba en un lugar desconocido, con gente desconocida, pero supe que si me dejaba controlar por el miedo, jamás hubiera llegado hasta allí, así que empecé a caminar hacia a ella. Sentí que ese momento tan incómodo había durado horas y solo eran un par de pasos. Estaba a pocos centímetros de ella y en vez de decir algo, simplemente le puse la mano en el hombro. A los pocos segundos, ella quedó perpleja y unas lágrimas recorrieron sus hermosos cachetes. Volteó su silla de ruedas y me miró con una cara que expresaba profundo dolor y a la vez alegría. Cogió mi mano, le dio un beso, me la puso en su rostro y dijo: -Toma mi vida y libérame otra vez. Todo será más fácil, de algún modo, porque ahora estoy cayendo y no quiero esperar hasta que eso suceda.

Ciudad de emprendedores

Hay un reino muy hermoso, que está dirigido por dos grandes cabecillas: Don Vito y Don Gonzalo. Ellos son hermanos y como son los líderes del gobierno, toman todas las decisiones que involucran directamente a toda la población. Su ideal para llegar a este cargo empezó desde que eran muy pequeños, pues trabajaron muy duro para generar ingresos, con la meta de ser dueños de muchas propiedades.

Durante su juventud y parte de la madurez construyeron un reino para tener a su disposición y mando, a toda la familia y a personas externas a ella. Pero se dieron cuenta que necesitaban un sucesor que continúe en el cargo. Ese sucesor soy yo.

Me llamo Fulgencio y soy hijo de Don Vito y ahijado de Don Gonzalo. Se puede decir que seré el futuro rey del imperio. Por eso, tengo mucha presión por la gran responsabilidad;



tanto es así, que todos los días contribuyo a lidiar con los problemas. Sin embargo, me faltan muchas cualidades que necesita un rey.

Debo aprender a tomar las decisiones correctas en momentos específicos, porque esta cualidad aún no la tengo; esa es la causa de mi desvelo en la noche. A lo largo de mi vida, he buscado la manera de tener ese factor; no obstante, poseo las ganas de aprender, lo hago y aprendo mucho de mis dos grandes ídolos, Don Vito y Don Gonzalo y tomo lo mejor que tiene cada uno, porque mi meta es ser mejor que ellos y crecer más, cada día cuando me levanto.

“Cada hombre tiene su propio destino”.



La Ciudad Tricromática

En la cima de cinco montañas contiguas, existe una ciudad aislada, pero relativamente famosa. Allí convergen personas de todos los rincones del mundo y se encapsulan en un pequeño nirvana que prefiere quedarse aparte. La ciudad tiene tantas puertas cristalinas de entrada que sus límites parecen difuminados en los mapas y se une, elegante y lejana, a su paisaje de alrededor.

Cada persona que habita allí no es más fiel a nada y a nadie como lo son a sí mismos. Y viéndolo externamente, se exalta en gran medida que prefieran acumular algodón y metales ficticios. Pero ante todo: que nunca se dirijan palabra amable para con algunos de sus hermanos habitantes.

En cada lugar existe un indicio de humedad que no desaparece. Es como el alma de la ciudad. En cada calle, casa y andén hay agua:



Ensnasty

en charcos, sumideros, calles con mal diseño, autos vacíos, techos sucios y mohosos.

Y en uno de estos húmedos y sucios rincones existe una cúpula de podridos ladrillos. Dentro, hombres ignorantes y egocéntricos sufren a manos de su propia estupidez. Dejan su libertad a precio de oro negro e inservible y pierden su vida de a poco al custodiar el tesoro de alguien más. Aunque esto es completamente inútil y dañino. Y la muerte los visita allí en un lugar que no es suyo, con una vida que no querían; así son enterrados vivos pero sin una campana atada a sus muñecas.

Algunas veces, en cada edificio y casa aparece una nube negra que hace llover alcohol sobre sus habitantes. Los llena de licor hasta que sus venas estallan y sus mentes se derriten. Otras veces, los andenes que se encuentran en las esquinas toman vida propia y deciden demostrar su capacidad para asesinar, sacando sus dientes y devorando cruelmente a todo el que por allí cruce, sea o no un hijo de la ciudad. Después, dejan un rastro de pútrida sangre como única prueba de la existencia del pobre ser devorado, que mancha con uno de los dos únicos colores brillantes que allí revela la luz, rojo sangre y azul de lágrimas deprimidas.

Desde la lejanía parece ser una utopía perfecta, donde todos son bienvenidos, desde lobos gordos, hombres ambiciosos, mujeres de acero, niños egocéntricos, hasta cuervos soberbios. Además, no existen preocupaciones, pero sí colores que no se ven en otro lugar. Pero al acercarse se nota que sus difuminadas fronteras no son más que campos obstaculizados que los separa del mundo. Que sus colores no son

otra cosa que una ilusión en masa, de una luz mal reflejada y un lente corrupto.

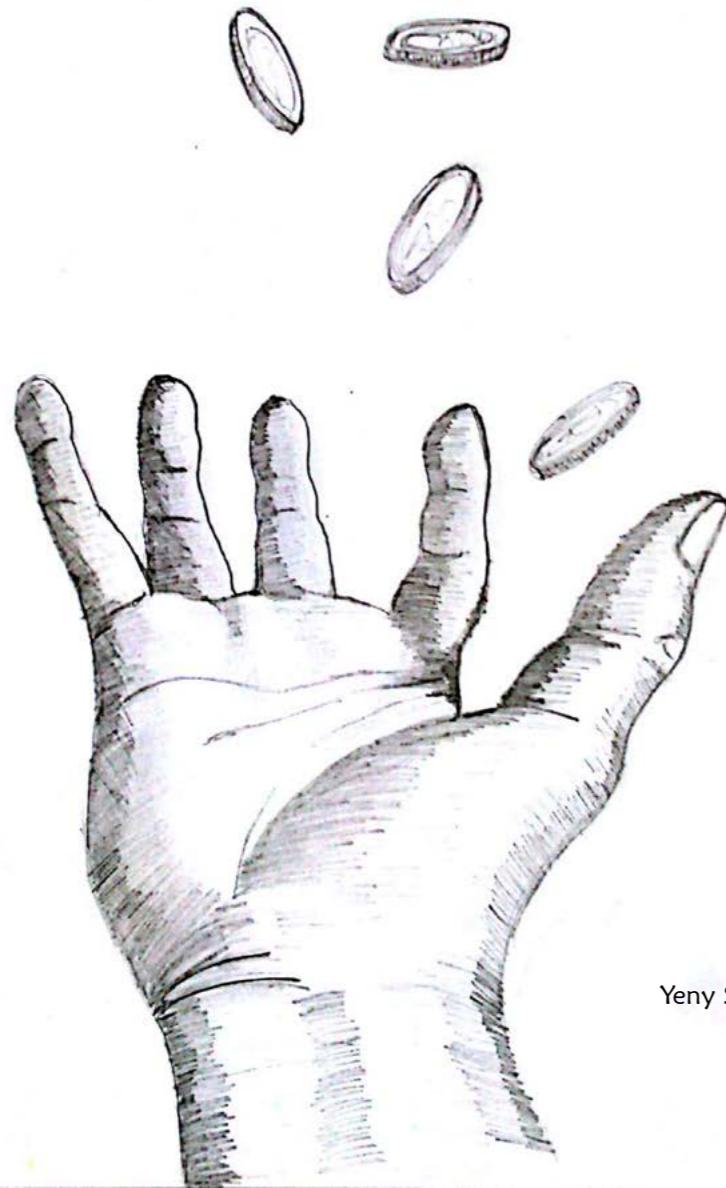
La ciudad es gris y húmeda, como la alucinación perfecta de un deprimido adolescente. Tiene habitantes que destilan licor de su piel y dejan manchas azules en las fachadas de las casas al llorar. Ellos, con ansias típicas de un adicto requieren con afán, en siete días más, la llegada de aquellas nubes negras para llenar de licor el vacío deprimente que les ha dejado el pasado, el estrés aplastante que les deja el presente y la ansiedad ante la inquietud que genera el futuro.

Si usted tiene la osadía de visitar la ciudad tricromática no espere salir bien librado de allí. Si en su alma existe el mínimo rastro de humanidad, se verá afectado por ser espectador en primera fila, de las pobres almas con una esperanza vacía de cambiar aquel averno por un purgatorio mínimamente habitable.

Pero amigo lector, no se deje usted engañar por descripciones subjetivas. Compruebe usted mismo que allá es el infierno cubierto de cemento, una alegoría de la decadencia humana y los sueños rotos. Por favor visite la Ciudad Tricromática pronto.

La ciudad perdida del Tártaro

Stefan Bellini, emperador de los Tártaros, gobierna su inmenso imperio basándose en las informaciones que le facilitan sus mensajeros y sus múltiples esclavos del Tártaro, pero solo logra hacerse una idea confusa del estado actual de sus dominios. No sabe si el imperio se desmorona o brilla en todo su esplendor. La llegada de Damon Salvatore significa mucho para él; convertido en su embajador preferido, el Italiano Salvatore intenta describir las ciudades que visita; primero con gestos, saltos o incluso el mismísimo dolor que estas, una a una le producen. Luego, a medida que va aprendiendo el idioma, logra entender poco a poco cada una de estas ciudades.



Yeny Sanabria Herrera

Al hilo del tiempo, desfilan ante los ojos del Gran Salvatore ciudades pavimentadas de cemento sólido, infestadas por torres de aluminio, suspendidas sobre un precipicio a base de cuerdas, hechas sólo de cañerías de agua pura, con poca luz, adornadas por gárgolas gigantes, horadadas por mil pozos. En algún momento, Damon Salvatore se da cuenta de un detalle, y es que ante los ojos de las personas puritanas, estas ciudades logran pasar desapercibidas y entonces le entra la duda del por qué él las ve y por eso las suele estudiar detalladamente.

Damon Salvatore, el investigador más viejo en la historia, logra identificar la particularidad de una de las ciudades del Tártaro que comanda el emperador Stefan Bellini, llamada Tártaro Escondido. Allí las personas que pasan por las calles no se conocen, ni se determinan. Al verse, imaginan mil cosas las unas de las otras: los encuentros que podrían ocurrir entre ellas, las conversaciones, las sorpresas, las caricias, los mordiscos. Pero nadie saluda a nadie, las miradas se cruzan un segundo y después huyen, buscan otras miradas, no se detienen.

Las personas se aislaron de las necesidades básicas del hombre solo por el poder económico que le brindaba esta ciudad casi olvidada. Por eso no se asombraban y tampoco tenían ese sentido afectivo

con otras personas, ya que lo que dominaba a esta extraña ciudad perdida del Tártaro era la codicia y la sed de poder, ya que otra realidad no era posible en ella.

La ciudad ideal, la que queremos todos

¿Cómo sería para usted la ciudad ideal?, ¿acaso es como donde está ahora? O acaso es como alguna otra en el mundo?

Para mí, la ciudad ideal podría comenzar por ser una ciudad con impacto positivo, con alegría y familiaridad con todos sus visitantes, poblada con ciudadanos honestos, reflexivos y respetuosos. Una ciudad donde se respete lo diferente, que en este caso no sería diferente, donde podamos amar a quien



queramos, comer lo que deseemos, vestir como sea más cómodo; sin el miedo a ser juzgados.

Una ciudad con espacios libres, con muchas zonas verdes, para poder divertirse, tener parques grandes con plantas y árboles, flores de todos los colores y de exquisitas fragancias, además de zonas de deporte, al aire libre y rodeadas de paisajes. También, con lugares donde se pueda tomar un masaje, o simplemente sentarse a ver la ciudad.

Sin duda alguna, debería tener ríos, lagos o pozos limpios donde podamos ir a pescar y pasear en canoas o lanchas; además, sitios donde se pueda estar con animales, no solo domésticos, sino, convivir con animales como en un zoológico, pero sin rejas.

Eso también sería perfecto, una ciudad sin rejas. Una ciudad segura, sin hurtos, sin miedos, con tranquilidad de estar las 24 horas; sin estrés de llegar temprano a casa; con lugares dónde comer, dónde bailar; con espacios adecuados para la rumba sana, sin excesos; con espacios ideales para el arte, la música, la convivencia, la diversión; sería apasionante poder tomar un café en completa tranquilidad, viendo las estrellas o tal vez la luna llena. Mas días libres, días sin tanto ajetreo social, que el trabajo, la escuela, la universidad, todo sea a un ritmo un poco más calmado.

Áreas donde se pueda observar el reciclaje; sillas, edificios, casas, posiblemente buses, totalmente reciclados, buses ecológicos y sin techos o de dos pisos; que sea divertido viajar en transporte público; que podamos observar el cielo azul de día y la lluvia de estrellas en la noche; con coches amigables con el medio ambiente,

sin ruidos, sin pitos, sin caos. Que no hayan trancones, ni largas filas en parqueaderos. Tal vez, podría haber dos tipos de vehículos para agilizar el tránsito, algunos terrestres y otros voladores. Una ciudad sin huecos, creo que sería formidable poder tener un recorrido en automóvil sin ningún miedo a viajar a una velocidad y por un hueco dañar el carro. También sería excelente un tren o metro solar, que sea hecho con materiales reciclables, que no haga daño al medio ambiente, que sea muy rápido, para que las personas lleguen rápido a sus sitios de trabajo o de vivienda.

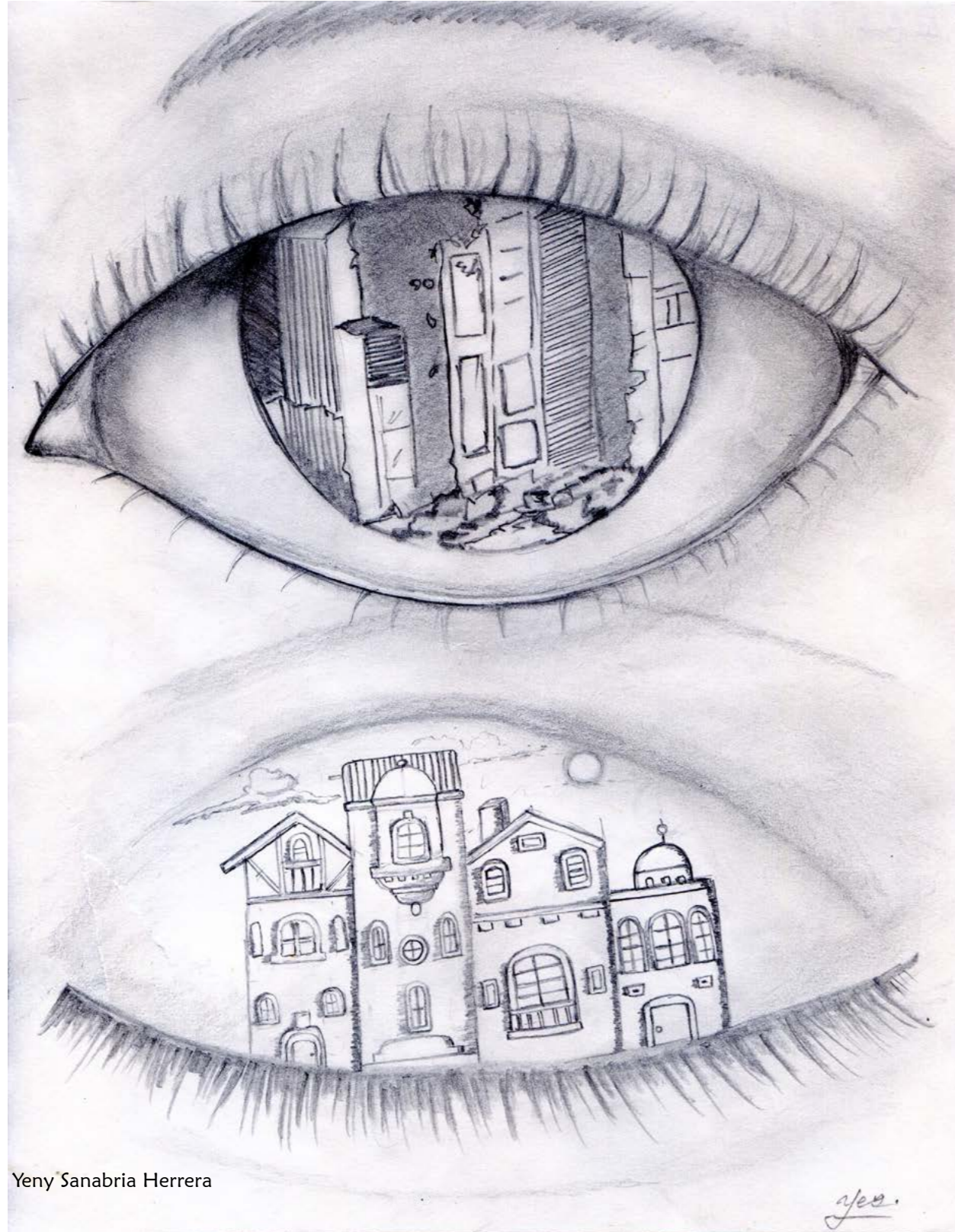
Esta ciudad ideal se puede conseguir con reglas, con esfuerzo, con responsabilidad. Tal vez sea una idea loca o descabellada. O posiblemente sea lo que necesitamos como humanidad, para ser un poco más productivos y más positivos.

La ciudad de los sueños

Esta ciudad fue creada por soñadores, personas del común, que querían una mejor vida para ellos y su familia. Después de tener que soportar años de corrupción, malos tratos y falta de ayuda por parte de los gobernantes, un grupo de soñadores dio a luz esta ciudad imaginaria. Es una ciudad tan perfecta, tan clara, tan pura e inocente, que ni el más corrupto la podría derrumbar.

La luz de la mañana y el degradé del atardecer la hacían la ciudad más hermosa del planeta tierra. Ni una sombra de contaminación se asomaba por allí. En aquella metrópolis de ensueño no existía la pobreza, la desdicha o el pecado de la avaricia. La comunidad, hundida en el placer de la felicidad y la despreocupación, no veía venir ese tsunami que destrozaría su paz y tranquilidad.

La ciudad de los sueños acababa con su hermosura y perfección cuando todos abrían



los ojos, pues la realidad era otra. El tsunami de obligaciones, empleo, desempleo, desespero, necesidad, dinero y más dinero, llegó para arrasar con todo. Ni el más inocente se salvaba de este desastre. La luz se desvanecía y el cielo azul que la hacía tan bella se convertía en un gris opaco.

La naturaleza tan pura que se respiraba allí, los edificios, las casas, todo desaparecía en un parpadeo. Tan solo bastaba eso para que todo acabara. Los viajeros perdían el camino hacia la ciudad de los sueños y, a causa de eso, llegaban al “mundo real”. Un lugar en el cual tan solo había miseria e injusticia, no existía la paz ni la tranquilidad, el miedo asechaba a toda costa.

De esta forma, los viajeros chocaban con esta realidad tan desesperante y lo único que querían era volver a la ciudad de los sueños. Regresar allí era el anhelo de todas las personas, ya que no había un lugar más tranquilo y en cual se pudiera estar en paz, pero el camino de regreso a esta ciudad se encontraba bloqueado por los desastres que el mismo ser humano había creado. No era fácil regresar a esta magnífica ciudad y los que lograban volver a aquel paraíso eran afortunados.

El mundo real asfixiaba, no dejaba respirar, las personas solo querían estar en ese paraíso y ser libres de nuevo. Romper esa barrera que no los dejaba llegar allí era difícil, no solo porque los desastres que ellos mismos habían cometido en el mundo real eran espantosos, sino que también debían estar en paz con ellos mismos.

El “mundo real” era todo un desastre, un caos, la gente del común solo quería escapar de allí. Los que aún tenían la oportunidad de llegar a la ciudad de los sueños estaban felices y dichosos, pues sabían que ahora no todos eran bienvenidos a ese paraíso. Aunque supieran que algún día tendrían que dejar aquella hermosa ciudad, aprovechaban cada día, cada minuto y cada segundo, como si fuera el último. Lo único que importaba en la ciudad de los sueños era la felicidad y la tranquilidad.

Dejar atrás el pasado, vivir el presente y no preocuparse por el futuro; eso era lo que las personas pensaban cuando se encontraban allí. Aquí no había que preocuparse por nada. No existían los estratos económicos, no se excluía a los demás por su raza u orientación sexual, todos eran amigos de todos. Esta ciudad era todo lo opuesto a lo que se veía en el “mundo real”.

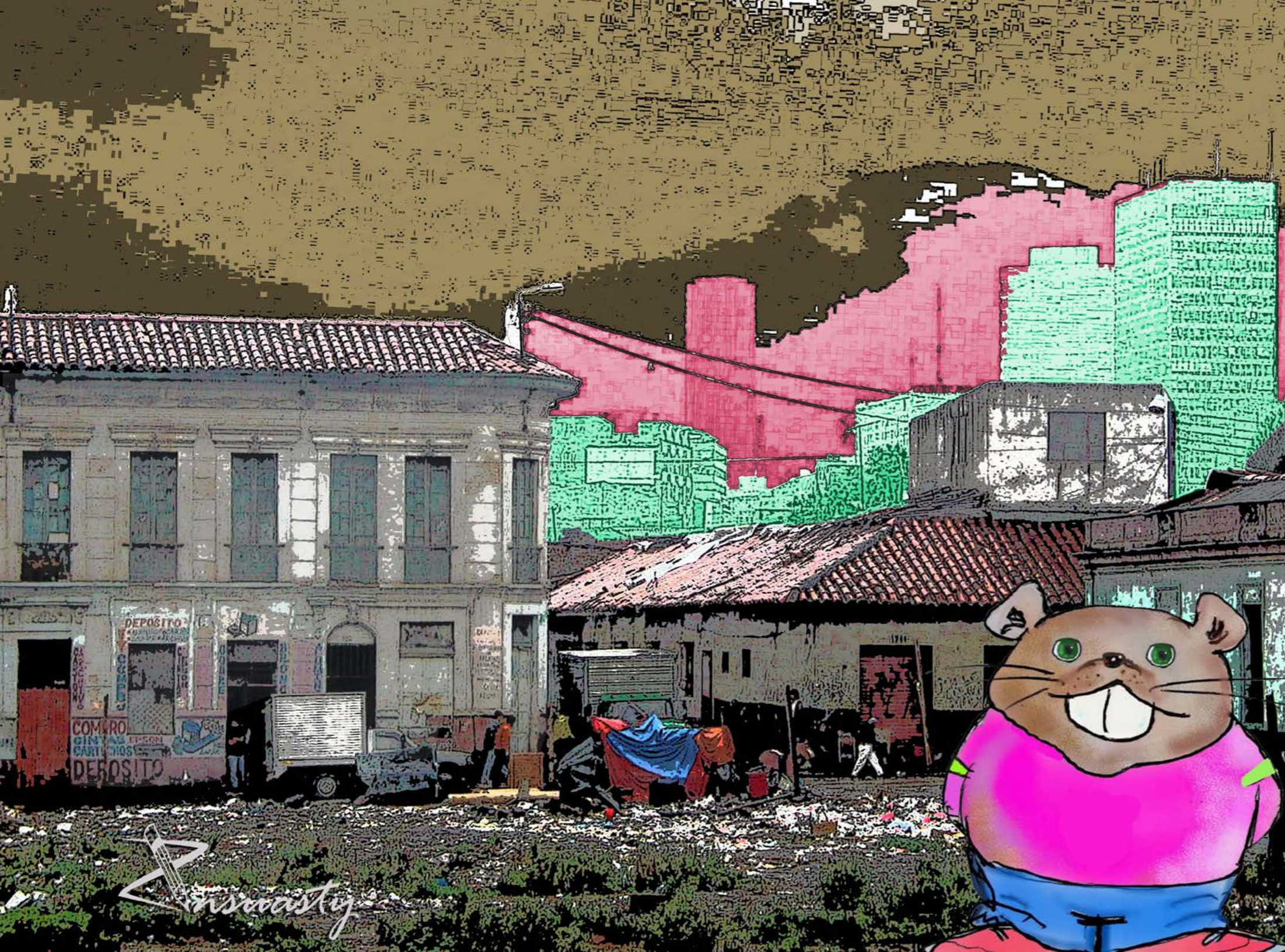
Ni un recuerdo, ni un pensamiento, no queda nada de ese paraíso. La única forma de volver es intentando arreglar lo que nosotros mismos, los seres humanos, hemos destruido en nuestro mundo. Mientras no acaben los conflictos, las guerras y los desastres, ninguno de nosotros podrá regresar a la ciudad de los sueños. Ya no bastará con cerrar los ojos para volver allí.

La ciudad extraña

Bienvenidos a la ciudad más poco común. Es extraña porque sus calles forman un laberinto con encrucijadas tan complejas, que parecieran no tener salida. Y la gente camina con el ritmo del tráfico caótico e incesante; en esta ciudad, el tiempo nunca es suficiente, pues las horas parecieran tener un desfase que las hace transcurrir más rápido.

Aquí la vida se vive de una forma distinta, pues cada persona construye su propio mundo de forma individual. Por eso he llegado a la conclusión de que no hay ciudadanos, porque nadie vive en comunidad, a excepción de unos pocos locos que suelen relacionarse; los sentí seres pensantes que aún no han caído en el dopaje que propicia la ciudad.

Su infraestructura también es bien particular. Todavía conserva rasgos coloniales, pero tiene un aire de modernidad que le ha



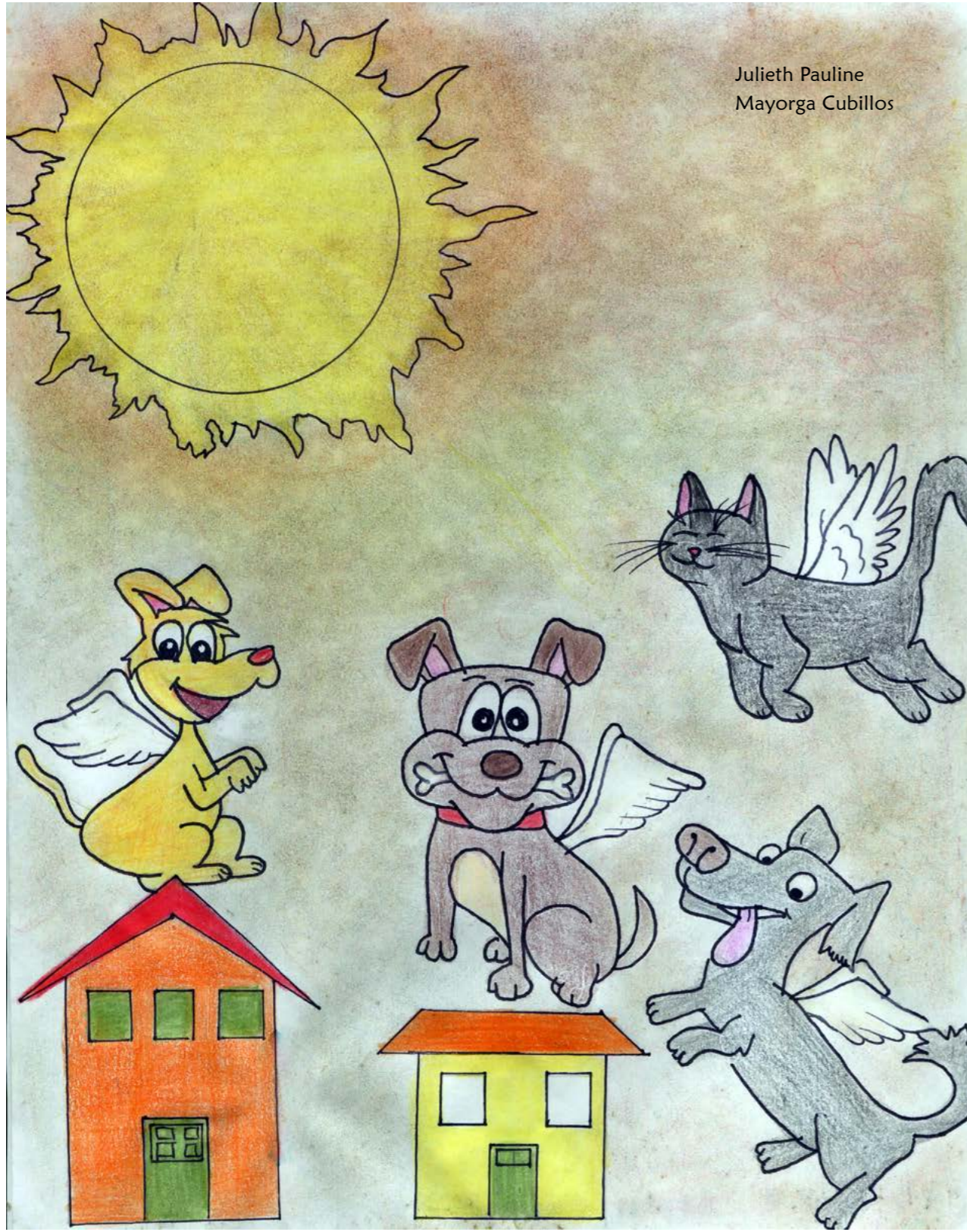
otorgado del siglo XXI, con una propuesta novedosa de logística; pero al igual que todas las ciudades de esta nación, sufre de un mal llamado desigualdad, que levanta un muro invisible y divide casi por completo a la gran urbe. A causa de esto, hacia el norte de la ciudad se pueden encontrar rascacielos tan altos, que sirven de escalera al paraíso, casas deslumbrantes llenas de comodidad, vías en perfectas condiciones, lugares estéticamente bellos y también seguros. Pero si nos movemos en dirección opuesta, al sur de la ciudad, el panorama se pinta totalmente diferente; hay fachadas antiguas que no gozan de lujos y donde lo único que abunda es el hambre y la injusticia.

Entonces, moverse por esta ciudad es como estar en dos lugares distintos. Al parecer, todo se categoriza en un par de realidades. Pero sería crudo limitar este lugar con esa definición tan prematura, cuando tiene un trasfondo mucho más abstracto y complejo. Para que se hagan una idea a lo que me refiero, les empezaré diciendo que el día que se acabe esta ciudad, se acaba el mundo.

Cuando salí a recorrer las calles de la ciudad, me llamó la atención que el centro de la capital, a pesar de ser uno de los lugares más importantes, está completamente descuidado; las calles llenas de basura crean el ambiente perfecto para que las ratas vivan allí. Hay unas muy grandes, por todo el alimento hecho sobras que les llega. Son roedores súper mutados que se mueven por las alcantarillas y se asoman por las aceras. La primera vez que las vi, fue inevitable no sentir náuseas. Cada vello de mi piel se levantó, como si lo atrajera un magnetismo, mis

pies se pusieron fríos y solo deseaba desaparecer por completo, para alejarme de ese lugar y no verlas nunca más.

Aunque fue una pesadilla encontrarme con estos animales, no dejé de amar el centro de la ciudad, pues me cautivaron sus calles estrechas y empinadas, sus casonas con tejados y aleros coloniales (que fueron cuna y aposento de la aristocracia criolla y española), pero hoy en día cuentan una historia de independencia, luchas y son producto del renacimiento de esta patria. Por eso no tengo duda de que es el centro del universo también.



La ciudad de las colitas felices

Lo primero que observo es un hermoso paisaje. El cielo tiene una indescriptible combinación de colores fantásticos que alimentan mi alma: rojo, celeste, morado y azul.

Cada mañana al abrir mi puerta me siento más feliz que el día anterior, pues solo tardan unos segundos en aparecer innumerables peluditos de todas las razas y tamaños para saludarme, meneando su colita de felicidad al ver una cara amiga.

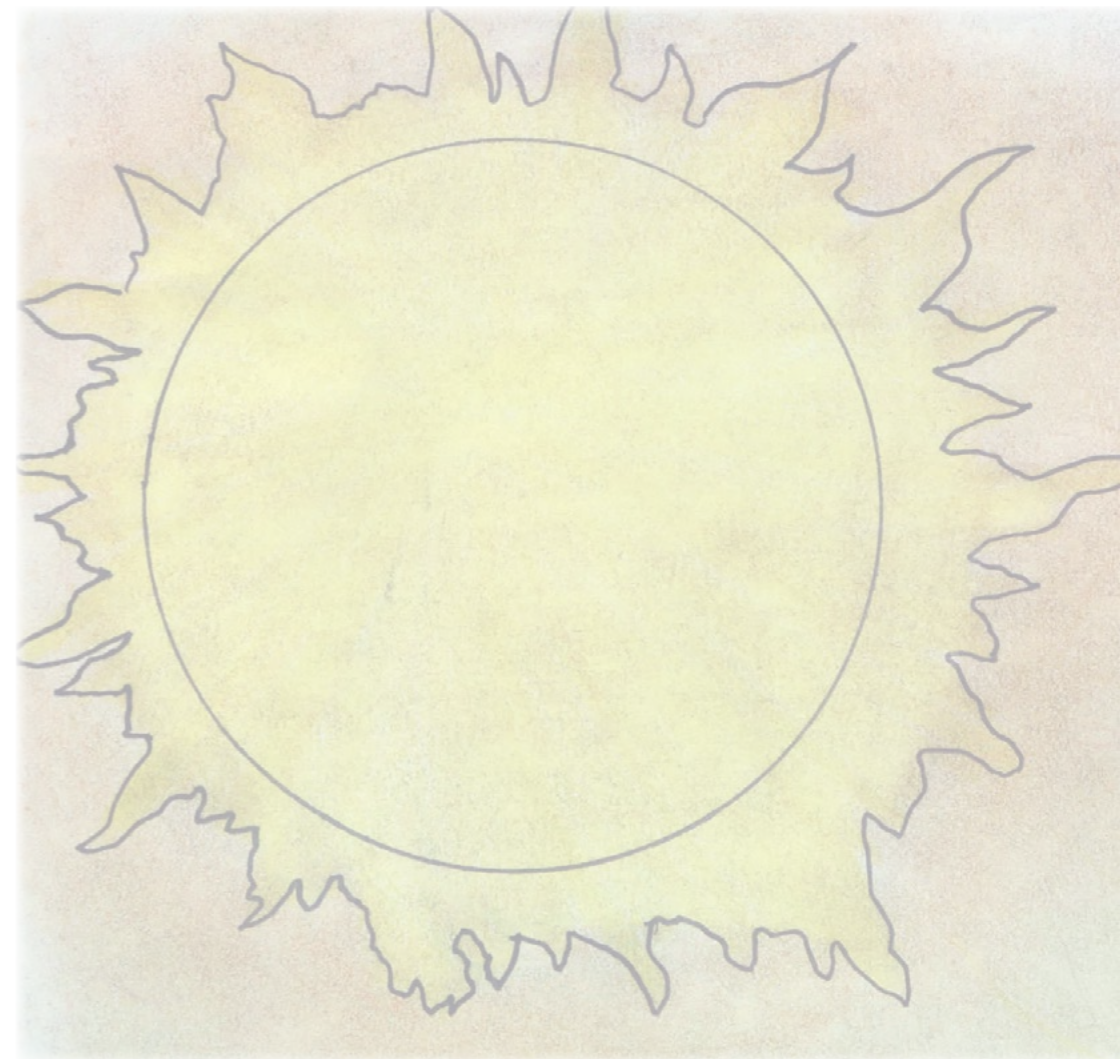
Amo esta ciudad y sobre todo lo espaciosa que es, pues es tan grande, que pueden llegar acá todos aquellos que el mundo rechaza y darse cuenta que este es su hogar.

La felicidad se refleja en lo colorido de las casas; rojas, verdes y amarillas. A su alrededor se encuentran platos de comida, agua y juguetones de cuatro patas, corriendo de un lado a otro.

Es una ciudad preciosa donde salir a tomar un café o simplemente caminar para ver el atardecer es una idea fantástica. La tranquilidad es infinita, pues las personas son bondadosas y caritativas; nunca se escuchará a nadie quejándose, porque su agradecimiento va más allá de lo posible.

Es un lugar donde la palabra violencia no existe en el diccionario. Este es un lugar perfecto, donde conocer personas es maravilloso, ayudar a un desconocido es satisfactorio. El amor hacia los animales, las personas y la naturaleza es el motor del diario vivir, pues es interminable e infinito. Aquí, valoramos las pequeñas cosas.

Un día de lluvia nunca es amargo, todo gira entorno a la tranquilidad y a la paz. Aquí se vive una vida plena. Es un lugar donde lo material se encuentra en último plano; el tiempo hace parte del olvido, pues no existen las prisas, ni los malos entendidos. Es una ciudad donde perros y gatos son amigos.



La ciudad efímera

Es algo desconocida, perdida, alejada, invisible e inexistente. Nadie se atreve a afirmar de su paradero, pues siempre ronda por el mundo. Aquella ciudad nunca se detiene por más de unos cuantos segundos.

Las personas aman con fervor, entrega y sinceridad. La mayoría de habitantes no se atreven a engañar. Valoran cada minuto que corre en las manecillas de sus relojes. Ellos tardan una hora en conocerse, un día en enamorarse y una eternidad fugaz para olvidar. Es un amor breve, pero sin precedentes. Aquellos idiotas que se atreven a desperdiciar su tiempo engañando, no se dan cuenta que su vida se acorta y aquellos desdichados engañados lloran y gritan; se sienten avergonzados de ese alguien que fue importante, pero que al irse, se sienten en la nada, nadie podrá entender cuánto les duele. A medida de que también ese querer fugaz se lo lleva el viento, su sufrimiento es también pasajero... tan pasajero como los pocos



visitantes que se hospedan en hoteles de sábanas rojas con miles de historias de amantes fugaces en aquella ciudad efímera.

¿Y Si pudieran regresar al tiempo pasado, ¿lo harían?, ¿sacrificarían su efímera existencia con tal de revivir sus mejores minutos? Sí, eso harían, sin importarles nada. Ni sus nuevas vidas. Regresarían a su pasado, a su frenesí cubierto de placer, amor y dolor. Dejarían todo, con tal de volver a brillar como nunca más lo volvieron a hacer, para regresar a donde encontraron el amor sin esperanzas.

Existen chicos de alcohol, cigarrillos, libros y un café; aquellos que enamoran con letras poéticas y fantasías de Romeo. Los recuerdos de las enamoradas tratan de convencerlas de que esos chicos no son reales, de que son solo imaginaciones, delirios, por el afán de encontrar amor. Al final, algunas de estas mujeres deciden abandonar lo inexistente, sus recuerdos, e ir en busca de otra clase de amantes, de esos que no enamoran con letras y poesías, que atrapan con hechos, con verdades.

Al encontrarse enamorados, viven cada instante como si fuera el último, cada caricia como si fuera la primera y cada beso como si estuviera en el altar. Es un amor puro, sin precedentes, sin reglas, sin mentiras; sus rostros son de felicidad y sus ojos son las cámaras que por siempre guardarán las fotografías de las millones de sonrisas que estos plácidos amantes se regalan cada atardecer fugaz.

La muerte ronda más de lo habitual, camina por las aceras de esa Villa perdida en el tiempo. El trance entre esta vida y la otra es más momentáneo que el aleteo de un colibrí. La gente vive menos, pero

valora más. Aprecia a sus padres, a sus hermanos, a sus amigos y corriendo con mucha suerte, al amor de su vida. Están muy conscientes de que no son tan eternos como quisieran. Son felices con lo que tienen, no se preocupan de envidias, tampoco se amargan la existencia pensando en los demás, viven su vida y tan solo eso importa.

La vanidad no vive. El martes son niños, miércoles adolescentes, jueves adultos y el viernes... ancianos. Están seguros de que lo verdaderamente importante es la forma en la que se desenvuelven con los que quieren y en eso centran su mundo. No existen estereotipos, ni modelos físicos a seguir; nada de aquello falso que se va con el tiempo, los preocupa. La ciudad efímera es agradable en unos sentidos, pero en otros queda la impotencia de no tener un poco más de tiempo para disfrutar la maravilla de la vida. Aunque si los segundos y minutos fueran más largos, el sentido del valor se perdería y esta ciudad ya no sería la efímera, ya pasaría a ser una más de nuestro mundo, este mundo que creemos eterno.

Utopía

Amanece sobre las 5:30 a.m. y pequeños rayos del sol se posan sobre la pared blanca de una habitación. Al horizonte, los colores de la sabana se confunden con el naranja del sol que se anima a anunciar, con las bandadas de pájaros, que el día inicia y el tiempo no para. Al paso de dos horas, el sol brillante que enceguecía los ojos de los habitantes cambia a un gris que se posa en el cielo y aquel naranja se pierde en la densa niebla de una fría mañana de esta ciudad que se encuentra escondida entre montañas.

En esta ciudad de colores y sombras, de mundos opuestos y pocos iguales, todos hacen de su vida lo que el lugar les permita. Pueden ser músicos, lectores, escritores, jugadores de fútbol, amantes del dinero y libertinaje. Es una ciudad imaginada en la que tienes el poder de escoger cómo es la



vida y su mundo, nadie dice qué tienes que ser en la vida y desde que naces, tu burbuja tiene un color particular que te diferencia de todos.

Si pudiéramos ver desde un lugar muy alto, las burbujas de colores donde adentro se encuentra cada ciudadano, harían el espectáculo del más grande arcoíris en la vida de la tierra, sin importar el gris del cielo que la mayoría de veces acoge a esta ciudad escondida de nuestra realidad. Entre el tráfico y el trabajo por conveniencia y obligación, se vuelve la utopía de quien aún no ha podido llegar allí.

Para Antonia, su burbuja se convertía en el escenario más brillante y perfecto, para hacer miles de presentaciones con un foco de luz del cual, miles de destellos salían para hacer una hermosa armonía entre su alma y cuerpo, era un mundo de baile. Los amigos que tenía, la complementaban en su arte y ella los complementaba a ellos. En esta ciudad, no podías ser amigo de cualquiera, pues tu burbuja era tu esencia, así que solo compartías con quienes no podían dañarte. Esta ciudad imaginada era de felicidad absoluta para quienes amaban y tenían pasión por algo en la vida, como Antonia.

Para Pablo amanece a las 6:00 a.m. y los rayos que piden entrar con cautela por la ventana y posarse en la pared blanca de su cuarto, se detienen por un gris de espesa niebla que se encuentra por todo el lugar. En esta ciudad de colores hermosos, brillantes y radiantes,

también se encuentran aquellos que no han encontrado un propósito a su vida. Así era Pablo. Su burbuja era oscura, su cara, totalmente pálida, sus ojos se perdían en el infinito de sus pensamientos. Pablo no era la clase de amigo que alguien quisiera tener aún con su alta estatura, sus ojos cafés o su cabello color negro, siempre despeinado. Era un galán, pero, si la burbuja no tenía un color adecuado que ayudara a que se complementaran, nadie lo veía.

¿Así que no es tan mágica y llena de felicidad esta ciudad?

En aquella tarde, cuando Pablo salió por fin de su habitación a tener algo de aire, decidió tomar el camino largo para recorrer la ciudad, admirar los paisajes y aclarar su vida. Después de esto, podría saber qué quería. Antonia iba en su bicicleta camino a casa, pero en un par de esquinas, desvió su camino. Eso no era problema para ella, porque sabía que ese sendero la llevaría exactamente a la mejor vista de la ciudad. Era gratificante ver tantos colores, ningún carro, más vida.

Antonia decidió bailar en aquella montaña y bajo un atardecer, que por completo hizo desaparecer las pocas nubes grises que habían tenido lugar durante todo el día; el cielo poco a poco se fue llenando de estrellas; la noche caía y la luna, como fiel compañera de desvelos, se asomó para ser el foco de luz radiante a la silueta de cabello largo y rubio. Había algo más en esa montaña. Pablo

observó por horas los movimientos de Antonia, que sin música alguna, danzaba al compás de sus latidos, estremecidos de una emoción que jamás había sentido.

Una mancha de color, en medio de la burbuja negra de Pablo, apareció sin señales de algo que era casi invisible. En ese instante, Antonia se detuvo para contemplar en un rincón, un joven sonriendo y observándola detenidamente. Pablo solo pensó que ya se iba a ir, pero notó que cada vez se acercaba más, como si lo notara. Pablo se quedó petrificado y muerto del miedo. ¿Qué estaba sintiendo, por qué ella lo notaba? Y bueno, Pablo echó a correr.

Pasaron los días y Antonia no dejaba de pensar en él. Visitaba a la misma hora, el mismo lugar. Tal vez el destino podría hacerlos coincidir de nuevo en algún momento. Pero jamás volvieron a encontrarse. Es triste que una historia termine así. Sin embargo, Antonia sabía que algo había hecho bien. Jamás lo supo claramente, pero para Pablo su vida empezó a tener rumbo. Sin duda alguna, ver el amor por lo simple y el respeto por la vida que Antonia irradiaba en cada movimiento, cambió la vida de Pablo. Su luz era brillante, su burbuja estaba llena de amor.

En esta ciudad escondida entre montañas, llena de colores, de mundos opuestos y pocos iguales, el amor hacía falta para completar la vida de Utopía. Pablo encontró su razón de ser. Antonia jamás

dejó de brillar y los días en esta pequeña ciudad volvieron a ser brillantes y radiantes. El amor ya había existido, pero los ciudadanos lo habían dejado perder por el afán de llevar su vida y su mundo dentro de esa burbuja solitaria de sus gustos. Era como si el ambiente de Utopía sintiera el amor en el aire y supiera que de ahora en adelante todo iba a ser como lo fue una vez.

La ciudad adorable

Hermosos seres de patitas y bigotes, con manchitas y pelajes esponjosos. Así son los habitantes de la ciudad adorable, un pequeño mundo de gatitos donde la ternura y el amor son los que dominan allí, en Madrid. Tiene paisajes cautivadores, con las flores más llamativas y el cielo con las nubes más hermosas y finamente detalladas.

Recuerdo que llegué allí luego de una larga expedición por el desierto de los lagartos rojos. Estaba exhausta y mis pies ya no respondían ante la orden de dar pasos. Vi un lago de agua cristalina, pura, tranquila; terminé arrastrándome para beber un poco de aquel líquido cautivador. Cuando mis labios comenzaban a tocar las primeras gotas, observé en el reflejo a dos pequeñas criaturas. Me sorprendí: eran dos gatos; uno era de pelaje



Ensuasty

negro, con manchitas blancas y tenía una mirada curiosa y dulce, el otro gatito era un poco más pequeño, era tan blanco como la nieve que caía durante las cenas familiares de pavo y ensaladas exquisitas. Me acerqué poco a poco, los acaricié y estuve un rato escuchando sus melódicos ronroneos. Era una de las mejores sensaciones que había sentido en la vida.

Tomé a los gatitos y los cargué hasta llegar a la plaza principal. Ya estando allá, los solté delicadamente, y quise ver las maravillas arquitectónicas que me rodeaban. Las tiendas eran muy llamativas. Peces y ratones exhibidos en las vitrinas, hilos y lanas de colores hacían que muchos clientes gatunos fueran seguidamente, así fuera tan solo para sentir esa textura tan placentera del tejido que rasgaba con sus afiladas garras. Era un lugar que mostraba el orden y la tranquilidad de esos bellos felinos. El entorno enseñaba la felicidad, mostraba el pequeño lugar idílico con el que más de una persona ha soñado. Era el paraíso.

Al ver que el sol se escondía bajo las grandes montañas, decidí recostarme en la esquina de la tienda de leche y descansar. Mis ojos poco a poco estaban cerrándose, y mi cuerpo cada vez se sentía más liviano, pero de repente un sonido me levantó abruptamente.

¡Miau!

¡Eran los gatitos del lago! Estaba muy emocionada de verlos nuevamente. Ellos comenzaron a correr hacia una calle. Entonces decidí seguirlos y ver si se trataba de un mensaje que me querían indicar. Y así era. Ellos me llevaron hasta su pequeño hogar. El techo era lo suficientemente alto para que pudiera entrar. Me sorprendí al ver el orden de todas sus cosas. Tenían tacitas de barro junto a varias cosas de comer; también tenían dos

tablas finas de madera. Envueltas con cuero y unos cuantos tejidos de lana en la parte superior; lámparas hechas con cristales y luciérnagas y bellas decoraciones con rosas y jazmines.

La noche pasó muy rápido. Me levanté con los primeros rayos de sol que atravesaban los huecos de las paredes, me estiré y observé que los gatitos estaban acostados en las tablas. Se veían hermosos, pues parecían dos bolitas de algodón de azúcar. Era tan conmovedor ese momento. ¡No me quería ir!

El sol ya tocaba las primeras nubes. Yo entendía que ya era la hora de partir. Acaricié sus pequeñas cabezas, y conteniendo mis lágrimas, partí hacia mi hogar, hacia mi civilización, a dónde yo pertenecía.

Hoy escribo en mi hogar, al lado de una chimenea cálida y una linda alfombra de color rojo intenso. Creo que es la carta número 25 que escribo para ellos, para el destino de << La ciudad adorable >> y los señores << gatito blanco y gato manchitas >>. Quisiera saber si esas cartas ya llegaron, o que al menos un pescador gatuno haya encontrado mis epístolas. Tengo esa curiosidad de saber si ellos han podido ver mis palabras de agradecimiento. Tengo la incertidumbre de si ellos han querido responder a mis escritos. Quiero verlos de nuevo, quiero acariciarlos y no separarme de ellos, al menos por un rato; que mis dedos sientan su suave pelaje y que mis ojos lloren de alegría al escuchar sus maullidos. Solo quiero estar allí.

Por favor, gatito blanco y gato manchitas, quiero volver. Mi alma ya no es la misma desde que sus ronroneos y afectos quedaron en mi corazón. Quiero regresar para abrazarlos bajo la suave brisa que cae en la plaza central. Gracias por leerme una vez más. Con todo el amor que existe en mí: Una viajera de sueños.

Ciudad de las pesadillas

Voy en mi auto, giro a la izquierda y logro divisar mi destino, ¡Qué día más hermoso! El sol está en su máxima altura e irradia una luz brillante. No se ve ni una sola nube en el firmamento. Mientras avanzo, voy notando cómo cambia el clima. No solo el sol se oculta, sino que aparece una densa neblina. De nuevo está ahí mi destino, lo veo marcado en un cartel doblado por la mitad. ¡Qué silencio más penetrante! Sin duda estoy acá, es la Ciudad de las Pesadillas.

A medida que avanzo por este camino hecho de puro barro, logro divisar unas casas al frente. ¿Son hostales? ¿Hoteles? O simplemente le pertenecen a los ciudadanos. Me acerco a una de estas casas, es de dos pisos, hecha toda de madera y un letrero grande escrito con letras rojas la adorna: "Que tus pesadillas se conviertan en realidad" ¿Debería entrar a esa casa? Sí, en efecto debo hacerlo. Me acerco a la puerta y desde casi dos metros soy capaz de distinguir las cucarachas sobre ella. Un metro más adelante y un chasquido de papel irrumpe en mis oídos sonando desde debajo de mis pies. Me agacho y recojo un periódico con fecha del 2011. Que



yo recuerde, estamos en el 2017. ¿Por qué habría un periódico tan viejo? titula: “No mires atrás”.

Un escalofrío recorre toda mi piel, siento el ambiente mucho más pesado. De aquél sol de mediodía no queda ni la sombra, ¿Por qué está todo tan oscuro? Escucho un paso tras de mí, está muy cerca y lo puedo sentir, otro paso más y se me eriza toda la piel. Si eso que está detrás avanza un poco más, algo muy malo va a ocurrir y yo solo puedo pensar ¿Por qué carajos decidí venir a este lugar?

Me volteo rápidamente y no veo nada. Que sensación más rara. Al frente, observo una casa. Total, ya estoy acá, vamos a investigar. Camino hacia ella y veo una puerta, es muy similar a la anterior, solo que esta tiene un cráneo azul en su picaporte. No puedo abrirla, podría intentar derribarla pero hay algo en este lugar que me impide hacerlo, miedo.

Camino hasta el jardín de atrás, tal vez haya una manera de colarme sin hacer ruido. Es en ese momento cuando veo un cartel escrito aparentemente con sangre, colgado casi del techo, que dice: “Tú eliges”. Bajo la mirada y veo un montón de cráneos. Cada uno de diferente color, en mayor o menor estado de deterioro. En uno de esos momentos de lucidez mental pienso que tal vez ahí esté la llave. Reviso bajo la cabeza pintada de azul y me encuentro con lo que buscaba.

Vuelvo al frente de la casa y corro rápidamente porque me invade una sensación de verdad. No sé por qué he venido hasta acá y quiero averiguarlo. Coloco la llave, la giro y la puerta se abre con un estruendoso chirrido. Veo unas escaleras para subir al segundo piso justo

al frente. A mi costado derecho está la sala que no parece haberse utilizado desde hace mucho tiempo, porque está llena de polvo; además, está que se cae a pedazos. Más al fondo está la cocina, de la cual proviene un olor simplemente repugnante; paso de ella. No tengo tiempo para detallarla. Todo el primer piso está hecho de madera. Los muebles son de tonos opacos. Una mesita en el centro de la sala tiene una nota, “Pronto lo sabrás” dice.

Mi mente comienza a maquinarse muchas ideas. Esto no es casualidad, todo parece dirigido hacia mí. En el baño, al costado izquierdo de las escaleras hay un espejo. Necesito verme. Estoy más que confundido ahora mismo. Paso cerca de la escalera y escucho susurros que casi como una melodía hipnotizante me invitan a subir. No puedo decir que no, a esas ganas tan absurdas de subir. Corro hacia arriba por las escaleras. Al subir, rápidamente giro para tener una perspectiva del lugar. Me veo rodeado de miles de espejos de diferentes tamaños, todos apuntando hacia mí.

En el más grande, de nuevo letras escritas con sangre dicen: “Eres tú” ¿Soy yo? ¡Qué carajos quiere decir eso! ¿Qué estúpida broma es esta? Me volteo mientras mi mente intenta asimilar lo que he visto hoy. Quiero irme de acá antes de que me vuelva completamente loco, pero de repente, un dolor de cabeza me paraliza y me hace desmayar.

Tal vez duré años ahí, o a lo mejor fue solo un segundo. No importa, lo verdaderamente importante es que ya no soy el mismo. Soy yo quien me trajo hasta aquí, soy yo quien manda en este lugar. Tengo múltiples personalidades, puedo ser un asesino en serie, o un fantasma de los más tenebrosos, puedo ser un cuarto oscuro, pequeño. Yo soy la ciudad de las pesadillas, soy yo quien me trajo hasta acá.

La ciudad de las mascotas que se fueron

Hay una ciudad hermosa, llena de prados verdes,
con miles de flores de colores y en el cielo
azul,

un hermoso arcoíris. También hay mucha
comida y agua 🌸 fresca.

En esta ciudad se encuentran las mascotas
que ya no

se encuentran entre nosotros. Las que han
estado enfermas



se curarán. Si les hace falta alguna extremidad,
la recuperarán.

Todas corren, nadan y hacen lo que en algún
momento dejaron 🌸 de hacer. 🐦

Pero a veces la felicidad se ve empañada.


Ellos saben que les hace falta alguien,



 ese ser que durante mucho tiempo los hizo felices, y que en medio de caricias y juegos les enseñaron lo que está bien y lo que está mal. 

Desde el lugar en el que se encuentran,
ven a sus amos llorar. A ellos también les duele en corazón.

Es imposible concebir la vida sin aquellas criaturas,

  pero al pasar los años saben que se encontrarán.

Las mascotas están felices, esperando a que sus respectivos dueños lleguen a buscarlas. Cuando por fin se encuentren, se irán

caminando hacia aquel arcoíris y es ahí en donde jamás

se volverán a separar, porque estarán juntos en la eternidad

para ser  felices.



La ciudad de las nubes

Sañada, tranquila, serena, plácida, inalcanzable para muchos, así es la ciudad de las nubes. Llegar hasta acá es todo un privilegio. Solo entran corazones buenos, corazones nobles. Está hecha de algodón de todos los colores, olores y sabores.

Sus habitantes son personas buenas, que vienen de todas partes, y se han ganado un pedazo de cielo. Nadie sabe con exactitud qué hay que hacer para llegar hasta allá, ni mucho menos la ruta. Todos sus habitantes son personas felices y cada uno cumple un papel importante en esta ciudad.

Sus calles son hermosas, están llenas de casas de todos los tamaños, colores y formas. Todas hechas del algodón más suave que se puedan imaginar. Sus jardines están llenos de flores de todo tipo, claveles, girasoles, hortensias, lavandas, lirios, margaritas, orquídeas. El piso de estas calles está hecho de piedras preciosas

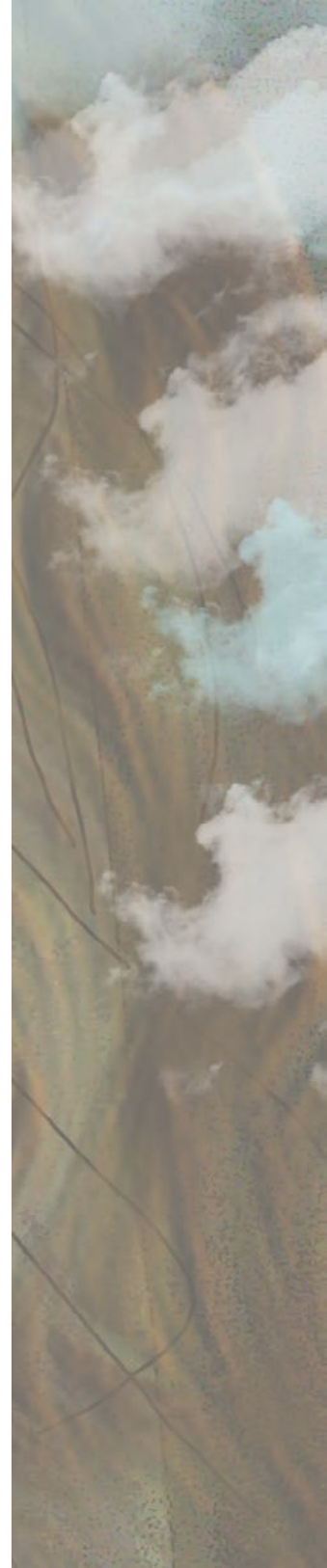


que con la luz del sol, se ilumina, mostrando lindos caminos, así que es todo un placer caminar por ellas.

Sus ríos, posos y cascadas están hechos de agua cristalina. Sus árboles no tienen fin, solo crecen y crecen, y por supuesto dan frutos. Sus perros son muy particulares, además de tener hocico, y cuatro patas, también tienen alas y hay quienes los llaman ángeles.

Todos sus habitantes salen en las noches a caminar y a disfrutar de la luna llena, de la música que encuentran en cada esquina, de las casas de colores, los grupos de baile, el arte callejero, la comida y el clima.

Todo aquí es perfecto, no existe nada comparado. Es tranquilidad, paz, armonía, felicidad y cada quien respeta los gustos del otro. Todo el mundo es feliz a su manera y vive la vida que quiere vivir. No discrimina, no excluye, no hay espacio para el odio o el rencor; solo viven corazones felices y en paz. Por eso, hay quienes también lo llaman paraíso.



La ciudad perdida

Nunca nos han encontrado, ni nosotros a ellos, pero sabemos que están ahí, en algún lugar. Sabemos que un día llegará un rostro que no sea conocido y dirá ¡Por fin! ¡Lo logramos! No sabemos dónde nos encontramos con exactitud, solo nos dedicamos a vivir el día a día. Muchas personas han intentado salir, buscando las grandes ciudades, o algún lugar que no sea este y nunca hemos vuelto a saber de ellos.

Han hecho todo tipo de experimentos científicos, pero nunca han dado con nosotros. Es como si estuviéramos entre ellos, pero no los podemos ver, ni ellos a nosotros. De vez en cuando se escuchan voces por



toda la ciudad, como si estuvieran tan cerca como lo está la naturaleza. No sabemos en qué condiciones, ni cómo son los lugares en los que viven, pero en las noticias y programas de televisión podemos ver las grandes riquezas económicas y naturales que poseen, aunque no las aprovechen. También somos testigos de los incansables problemas sociales, corrupción, violencia, maltrato y mucho más.

Vivimos en total armonía y aunque a veces nos atacan las dudas existenciales, estamos bien. Es una pequeña, pero muy tranquila ciudad. Me tomó varios meses, incluso años de mi niñez y adolescencia, entender que estamos perdidos, aunque es como si estuviéramos entre ellos. A pesar de eso, me alegra vivir acá. Me encanta la naturaleza, el ambiente, las personas y el clima. La mayoría de veces está nublado y de vez en cuando hace sol. Me gustan los días de nieve, poder detallar cada copito y ver la perfección con la que caen uno a uno.

Me agrada salir a tomarle fotos a las personas, las plantas, las flores, al cielo o a los animalitos que de vez en cuando se posan delante de mi lente. En la ciudad hay hermosas casas antiguas de diferentes colores, jardines gigantes, uno que otro edificio y algunas tiendas. Somos muy felices y no sabemos qué pasará el día que nos encuentren. Tal vez todo deje de ser como conocemos, o tal vez no, tal vez sea mucho mejor.



Yeny Sanabria Herrera



La ciudad de todos y de nadie

Esta es la ciudad de todos y de nadie, la que acoge a muchos y deja ir a otros pocos. Una ciudad que a pesar de ser tan grande no se le ha dado su lugar, ni el cuidado que merece. Últimamente empieza con sus rayos de sol radiantes y un clima que en muchas ocasiones llega a ser molesto, pues tiende a variar en todo momento. Aunque, desde que tengo memoria, no era así. La ciudad de todos y de nadie solía ser fría, gris, algo melancólica junto a constantes lluvias y bajas temperaturas.

Empieza un nuevo día, con su estrés y sus afanes, pues esta ciudad tiene ciertas cualidades. Con estrés, porque diariamente hay que lidiar con uno que otro inconveniente en la ciudad. Y con afanes, porque nadie sabe para dónde va, ni por qué lo hace, solo sabe que tiene afán. Y es así que los habitantes de esta ciudad llegan a cierto punto en donde solo están presentes

físicamente, porque espiritualmente están en un mundo de fantasías anhelando la libertad.

Martín es un joven que ha crecido en esta ciudad, como un soñador más. Desde pequeño ha estado acompañado por sus padres, quienes le han enseñado muchas cosas. Tanto así, que ellos recuerdan los primeros pasos que dio, las primeras palabras que dijo, la primera risa que salió de su boca, la primera rabieta. Creció como un niño normal, educado como los demás; su vida era común y corriente.

Fue entonces cuando llegó la temporada del colegio. Conocer nuevos amigos, aprender nuevas cosas, experimentar un mundo nuevo. Es decir, Martín comenzó a crecer. Pero entre tener nuevos amigos, aprender y conocer, nunca encontró la diferencia entre el bien y el mal. Martín estaba empezando a crear ciertas costumbres inusuales ante sus compañeros. Estaba creando dentro de sí un monstruo que más adelante iba a ser incontrolable. Iniciando el grado séptimo, por sugerencia de un compañerito, y a pesar de la duda, empezó a fumar.

Se encontraron en un parque amplio, lejos de algunas personas que estaban allí. El cielo estaba azul y se acompañaba de unas blancas y espesas nubes. Martín y su amigo se sentaron al lado de la cancha de fútbol. El amigo sacó un cigarrillo que no tenía filtro; el color del papel era medio transparente y dejaba a la luz piezas diminutas de color verde oscuro. Martín estaba un poco asustado y preocupado por las consecuencias que le traería esta travesura, pero no quería que su amigo lo rechazara o lo ridiculizara.

A partir de esa primera vez, su vida se convirtió en un laberinto sin salida. Martín intentó decirle a su madre las razones por las que hacía lo que hacía. El problema fue que las palabras del muchacho no eran comprendidas en el vocabulario de los padres. Intentó más de una vez hablar con ellos, pero la vergüenza, el dolor y el miedo le ganaron. Esos demonios que manejaban su conducta lo dominaban hasta en los sueños. Tanto así, que Martín alcanzaba a ver el amanecer cada día. Así pasaron los meses y consumir, para Martín, se había vuelto algo esencial en su vida.

Cierto día Martín decidió irse de su casa. Ya había pasado bastante tiempo desde que se cuestionaba qué hacer para salir de esa situación. Él notaba que sus amigos eran su consuelo, su refugio y su apoyo; por lo tanto, las razones que Martín buscaba para irse, cada vez eran mayores. Fue entonces cuando empacó dos camisetas, dos pantalones y varias imágenes, en una maletica. Y sin decirles nada a sus padres, se escapó por la ventana de su casa.

Eran cerca de las nueve de la mañana y tomó rumbo hacia la calle, su nuevo hogar. Pero esto le trajo nuevas consecuencias. Empezó a robar, comenzó a entrar en malos sitios, empezó a juntarse con personas que no le convenían.

Después de un tiempo, intentó regresar a casa, pedir ayuda, regresar a su vida. Sin embargo, muchos de estos intentos fueron fallidos, pues Martín ya no manejaba su vida, pues era manipulado por las cargas del alma, la conciencia y la vida.

Cuando llega la noche, la ciudad se transforma. Ya no es la misma, pues los habitantes que se ocultan en el día, aparecen de noche. Además, la ciudad comienza a mostrar su lado más diverso. Es el momento de revelar su lado más excéntrico, en donde cualquiera puede ser lo que quiera hasta que el sol vuelva y aparezca.

Es una ciudad de contrastes, una ciudad que ha sido usada por muchos y nunca recompensada. Una ciudad que poco a poco perdió más de lo que ganó, una ciudad que no ha tenido a alguien para defenderla, una ciudad que ha sido pisoteada por las grandes élites, una ciudad que ha quedado sin identidad, una ciudad que a fin de cuentas es de todos y de nadie.



La ciudad de perfecta melodía

Si cierras los ojos, oyes cada paso que des y cómo el viento recorre tu cuerpo; te darás cuenta que este lugar es una sonora maravilla donde las risas de los niños son armoniosas y llenas de suaves notas; mientras juegan en el pasto, se escucha el acústico crujir de las hojas y el retumbante latido de los perros. Esta es la ciudad de miles y millones de sonidos. Cada movimiento genera una resonancia totalmente diferente. Hasta el lugar más recóndito de esta ciudad lleva un sonido en particular.

Al amanecer, se escucha un conjunto musical de aves; el viento roza cada uno de los rostros llenándolos de pequeños vibratos y cada gesto o acto genera una suave o fuerte resonancia que llena los silencios en la partitura. Los días oscuros y de lluvia son un poco tristes; en el fondo, a duras penas, se puede escuchar un



suave ruido de aves. Ninguna persona sale de su casa pues se quedan acostadas sin generar ni una sola nota. En los días soleados no se pueden identificar los sonidos, ya que toda la ciudad está en continuo movimiento y eso genera millones de melodías y partituras, pero todas se enlazan generando una canción perfectamente afinada.

Es una pequeña ciudad. En ella solo hay mil habitantes, pero se encuentran notas, claves, silencios, graves, sopranos y muchas sorpresas más. En la perfecta melodía, las casas son de colores y en las carreteras se encuentra la partitura de una canción que nadie ha podido descifrar; dicen, que cada que hay un eclipse de luna, las cebras peatonales de la carretera suenan como un piano de cola e interpretan un pequeño fragmento de esta canción. Cuando empieza la melodía, todo comienza a brillar y a cambiar de color en el tempo que da la cebra. En ese momento, los habitantes solo escuchan, no se pueden mover, ya que esta los paraliza y por eso nadie ha podido interpretar la canción.

Era 9 de diciembre y cada copo de nieve retumbaba en el suelo. Los niños salían a jugar y los perros lamían por donde caminaban. A la entrada de la ciudad, llegó un joven que generó intriga en cada una de las personas de este lugar, pues como es tan pequeño, todos se conocían. Los niños se acercaron a preguntarle quién era, pero por alguna extraña razón, su boca no generaba ningún sonido. Para todos era muy extraño, ya que cada persona en ese lugar tenía una resonancia que lo caracterizaba, pero él no. Él solo caminaba, sonreía y era un poco amable, pero extraño. Durante ese día, el joven caminó por toda la ciudad sin decir nada. Nadie se sabía su nombre. Su rostro era

totalmente desconocido para todos en esta musical ciudad. Entonces, decidieron enviar a un señor con una hoja de papel a pedirle que se fuera, que hablara o explicara quién era. El joven tomó la hoja y escribió “los puedo escuchar correctamente, pero soy mudo”.

Toda la ciudad quedó en silencio y el muchacho siguió escribiendo, “pero estoy aquí para que me escuchen”. En ese instante sacó de un estuche viejo, sucio y un poco roto, un violín; lo posicionó y comenzó interpretando su nombre. El violín dijo que él se llama Tomás. Apenas rozó la primera nota, todo comenzó a temblar y la gente empezó a gritar. El joven siguió tocando, cuando de un momento a otro, las partituras de la carretera empezaron a alumbrar y la cebra generó un acompañamiento de piano. Mientras Tomás tocaba, todo en la ciudad generaba una melodía mágica tan grande, que salió una inmensa chispa de luz de la carretera y alumbró al joven, lo que ocasionó un movimiento en sus cuerdas vocales y habló.

Yeny Sanabria Herrera



La Ciudad congelada

“¿Por qué son tan fríos?”

Sus ojos escanean la multitud, llena de caras sin expresión alguna. Él no entiende cómo se puede vivir así, indiferente hacia los demás.

Es un lugar sin nombre, porque a nadie le importa en dónde está, solo lo que realiza a diario, con el único propósito de conseguir lo anhelado. Es casi etérea, como si la metrópoli no existiera como tal; en vez de eso, es la reunión de miles de individuos viviendo para sí.

En su mente, él le había puesto un nombre, la llamaba “La Ciudad Congelada”, debido a la esencia de sus habitantes cuyo corazón, a sus ojos, parecía de hielo; un gran cubo helado que jamás había recibido el calor del sol, o de un ser querido. Incluso el paisaje era frío, siempre nublado, sin sol ni lluvia, solo opaco, como si le faltara vida.

Desviando la mirada de tan triste visión, se puso de pie con un objetivo en mente.

Durante sus viajes había conocido miles de lugares maravillosos, una ciudad donde cada ser estaba ligado a un animal, otra en la que los astros gobernaban, una más cuya riqueza era inmensa y hermosa y su favorita, una en la que todo tenía un sonido que armaba constantemente una suave melodía.

Jamás había estado en una ciudad tan triste.

Se alejó lentamente del claro en el que se encontraba para internarse en aquella jaula de cemento y desinterés, buscando a alguien, quien fuera, que mostrara vida en sus ojos.

Caminó por casi una hora, cuando por fin vislumbró lo que tan ansiosamente buscaba.

Lo que motivaba su diario andar era el sueño de encontrar un lugar al que pudiera llamar hogar, y aunque todas las ciudades en las que había vivido le maravillaban tan solo con su recuerdo, ninguna pudo alcanzar ese estatus; siempre le era sencillo voltear y alejarse poco a poco, solo mirando quizás por última vez, cuando esta se mezclaba con el paisaje y era casi imposible distinguirla.

No. Lo que yacía frente a él, no era un quien, era un qué. Sus ojos se iluminaron. Poco antes de llegar a la salida de la ciudad, crecía un majestuoso árbol de magnolias, todas blancas y puras. Su mente,

antes derrotada sin saber cómo darle vida a aquel lugar, empezó a trabajar como una máquina recién aceiteada.

Era la Ciudad de las flores perdidas. La recordaba a diario con cariño, mientras observaba aquel pétalo de Azucena que usaba como separador en los libros que leía cada mañana antes de empezar su día. En esa ciudad, cuyos terrenos tenían flores y grandes árboles que narraban historias por doquier, era en donde más había aprendido, desde anécdotas y mitos, hasta botánica y la simbología de cada planta que lo rodeaba.

Nobleza. Eso era lo que significaba la flor que observaba embelesado, eso era lo que le hacía falta a esa ciudad. Los habitantes necesitaban tener la nobleza necesaria para ver al otro y hacer algo por él, para sentir empatía y amor por alguien fuera de sí mismo.

Con una sonrisa en sus labios caminó y se sentó bajo la sombra que le proporcionaba el árbol. Tendría que esperar hasta el anochecer para llevar a cabo su plan.

El sol se ocultó tras las montañas y el ruido de los carros y las pisadas del pueblo cesó por completo;

desperezándose y observando el trabajo que aún le quedaba, se internó entre el cemento, las tiendas y los grandes edificios.

Temblando ligeramente por el viento que recorría en solitario las calles, empezó a ubicar pequeños ramos de magnolias frente a algunas puertas de casas, locales, grandes residencias y centros comerciales. Todos los lugares fueron elegidos al azar. Simplemente, cuando creía que la flor pertenecía ahí, la ubicaba en la manija, o frente a la puerta.

El vivo color blanco resaltaba incluso en la gélida oscuridad de la noche. Quien la viera primero en la mañana, se cargaría de la energía pura que emergía de las flores y su día sería mucho mejor.

Cuando el sol empezaba a asomarse anunciando un nuevo y frío día, terminó de repartir los pequeños, simples y no poco significativos ramos que había hecho la tarde anterior. Agotado por el trabajo, volvió al árbol que tan cómodo le hacía sentir y se recostó, quería ver el efecto que tendría su ardua labor.

Al primero que vio con uno de sus ramos fue a un empresario, vestido elegante y con la cabeza en alto. Llevaba las flores en la mano junto con su formal maletín. Nada en él parecía distinto. Se le notaba frío, distante y algo apurado, o eso pareció en un inicio. En medio de su afán, tropezó con una niña que corría hacia la escuela, pero, en vez de ignorarla como usualmente hacían estas personas, el hombre se detuvo, le tendió la mano y la ayudó a ponerse en pie. Cordialmente le pidió perdón y le entregó el ramo como muestra de disculpa, antes de seguir con su camino.

El viajero sonrió al presenciar tan hermosa escena, divertido con la expresión de ella, cuyos ojos estaban perplejos y sus labios sonriendo, justo antes de reanudar su carrera.

Se acomodó y tomó una pequeña siesta. Al levantarse, el ocaso se acercaba y era hora de su partida.

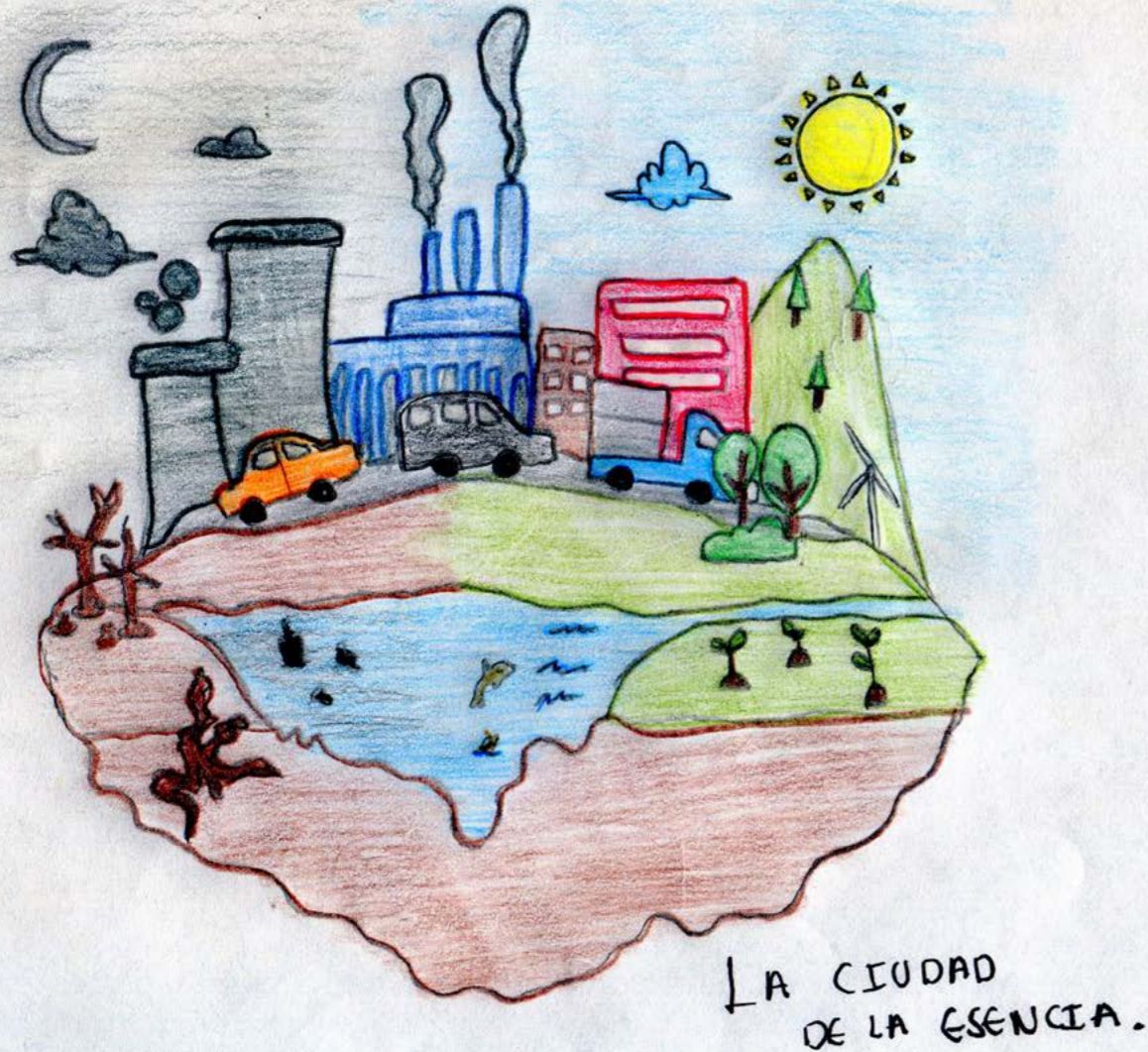
Una nueva ciudad llena de maravillas lo aguardaba en algún lugar; un posible hogar tal vez. Ubicó su maleta en su espalda, se estiró un poco y emprendió su viaje.

Justo antes de que aquella ciudad congelada se volviera imperceptible y se confundiera con el paisaje, desvió su mirada y sonrió. El acto que había visto horas antes le había brindado esperanza. Sabía que aquel lugar ahora se convertiría en uno mucho más cálido y feliz, al igual que aquellas personas. Su objetivo se cumpliría, pero él no estaría para verlo. Esa ciudad de hielo había empezado a derretirse.

La ciudad de la esencia

Existe un ciudad curiosa, en la que cada parte de esta se ve afectada por los emociones de las personas. Por ejemplo, una mañana, Don Félix se despertó de mal genio y cabizbajo y como él era el alcalde de la ciudad, todos nos vimos afectados por esto. Por su estado de ánimo, las nubes se tornaron grises, y se desató una lluvia a cántaros. Tal vez fueron los problemas con su esposa o los de las ciudad, lo único confirmado era que mi ciudad estaba triste por su dirigente.

Fue un día largo. A eso de las 12 p.m. estábamos tratando de alegrarle la existencia a nuestro dirigente. Mi familia, muy ingeniosa, decidió comprarle un perro para que cambiara su cara y pudiéramos pasar un resto de tarde agradable. Los extensos parques de la ciudad aguardaban por ser poblados de niños, que con sus sonrisas alegraran e hicieran florecer su resplandor.



Luis Alejandro Becerra.

Por fin compramos ese tan anhelado perro, llamado Kany. Era grande, majestuoso, imponente, pero al mismo tiempo tierno y amoroso. Salimos corriendo junto con mi padre, hacia la oficina del alcalde. Al llegar, lo encontramos con su mirada fijada al piso. Cuando nos vio, se dio cuenta que eso era lo que le faltaba, una compañía incondicional que estuviera con él, ahí en su oficina. Desde ese momento, mi ciudad renació. La gente salió a las calles y los niños a los parques a festejar el gran acontecimiento. Entonces, tuvimos en la ciudad de la esencia, una tarde llena de luz.

Todos pudimos ver el renacer de nuestra ciudad. Los ciudadanos la sentíamos nuestra una vez más, pues esta nos caracterizaba y nos diferenciaba de las demás ciudades, las cuales en su mayoría eran industrializadas, oscuras, tristes; la vida en su plenitud no se disfrutaba, ya que todos estaban atrapados en un régimen capitalista y cuadrado que no les permitía ver la realidad tan pobre que se les estaba presentando.

Mi ciudad, por el contrario, era el ejemplo a seguir. Llegaban habitantes de diferentes ciudades, desde la más grande hasta la más pequeña comparada con un barrio. Más que ir en busca de nuevas oportunidades, llegaban esperando encontrar felicidad, para darle un verdadero sentido a su vida, creado por ellos y no el que les era impuesto.

Estaba feliz al ver por lo que estaba pasando toda la ciudad, porque me hacía recordar cuando mi madre me contaba aquellos días de gloria de cuando ella era joven. Era como una utopía; no se encontraba a

una sola persona triste, pues no había espacio para la tristeza. Esa era la esencia que reinaba por aquellos días en toda la ciudad. Tiempos de prosperidad y amor perduraron durante los años siguientes. Así fui creciendo, y en mí se despertó un interés político y junto con eso, el anhelo de cuidar de mi ciudad.

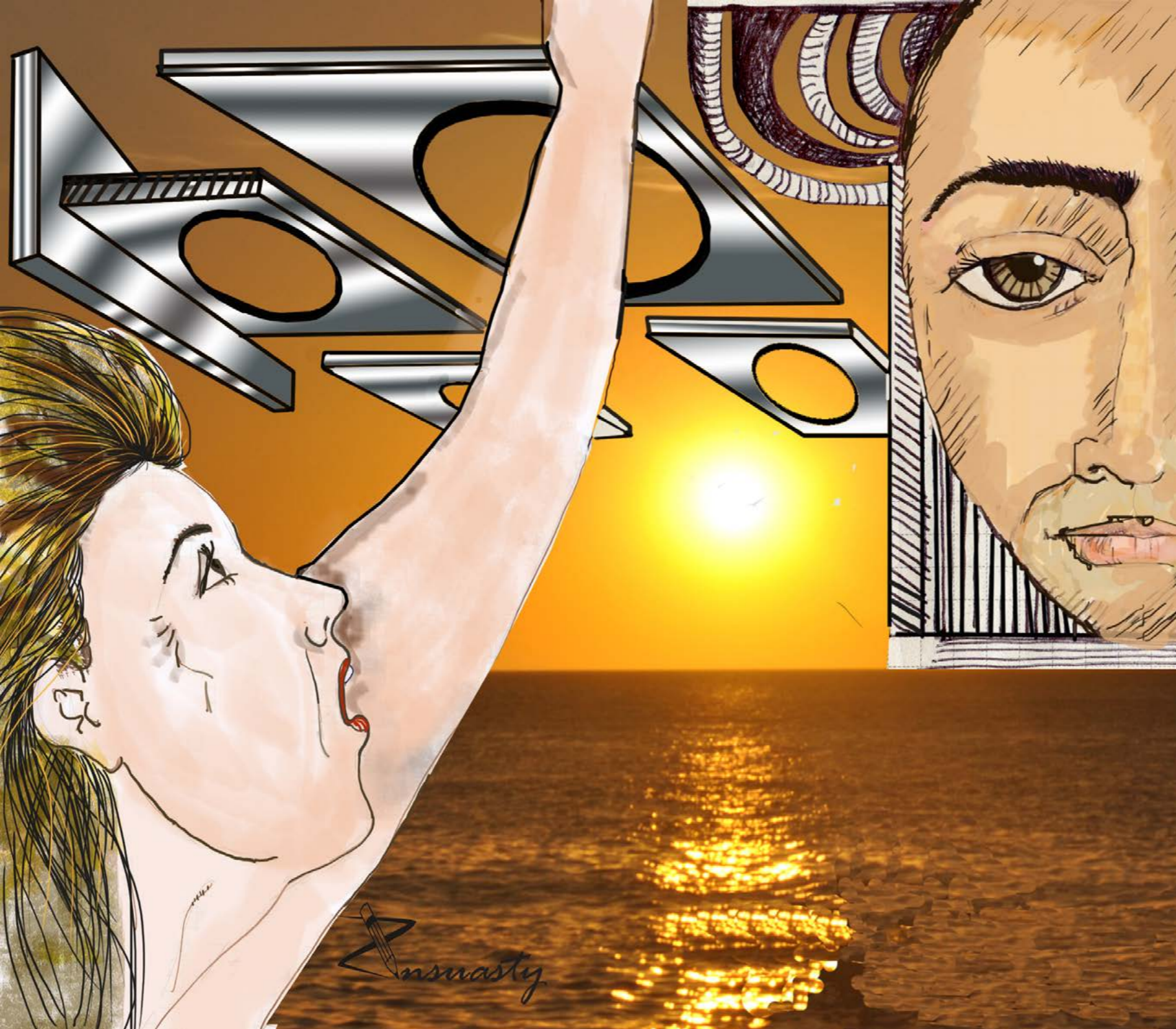
Cuando tenía 30 años me postulé para ser elegido alcalde, lo cual resultó muy difícil, dado que mi adversario era nada más y nada menos que el hijo de Don Félix. Decidí tomar el consejo de mi madre, que era hacer todas las cosas con transparencia. Sí. Sé lo que muchos piensan. La ciudad de la esencia no estaba libre de corrupción, al fin y al cabo seguíamos siendo humanos, pero dotados con un don especial. El día de la campaña expuse mis propuestas. Eran únicas, buenas y para algunas personas raras, pues estaban acostumbrados a lo de siempre, promesas vacías cargadas de una alta dosis de mentiras.

Y sí, esta vez triunfó el bien por decirlo de ese modo. Soy el actual alcalde de la ciudad de la esencia, llevo 2 años en este cargo y estoy completamente fascinado de todo lo que, como ciudad, hemos podido lograr.

La ciudad de los cuatro mares

Llevamos décadas en nuestra isla o bueno Leso creemos porque ¿quién piensa en el tiempo cuando es feliz? A veces contamos la cantidad de veces que el sol baja y la luna besa las estrellas a escondidas de él, pero no lo hacemos con la intención de saber cuánto tiempo ha transcurrido sino cuánto falta para nuestra muerte. Puede que esto suene a que estamos aburridos con nuestra realidad, pero no es así; queremos unirnos con nuestro Creador, el dador de nuestra divina existencia en nuestra ciudad. Podríamos decir que nosotros como seres humanos somos imperfectos, pero no es así, porque cuando vemos esas veces de la huida del sol, recordamos que somos fragmentos del Creador, fragmentos del Único.

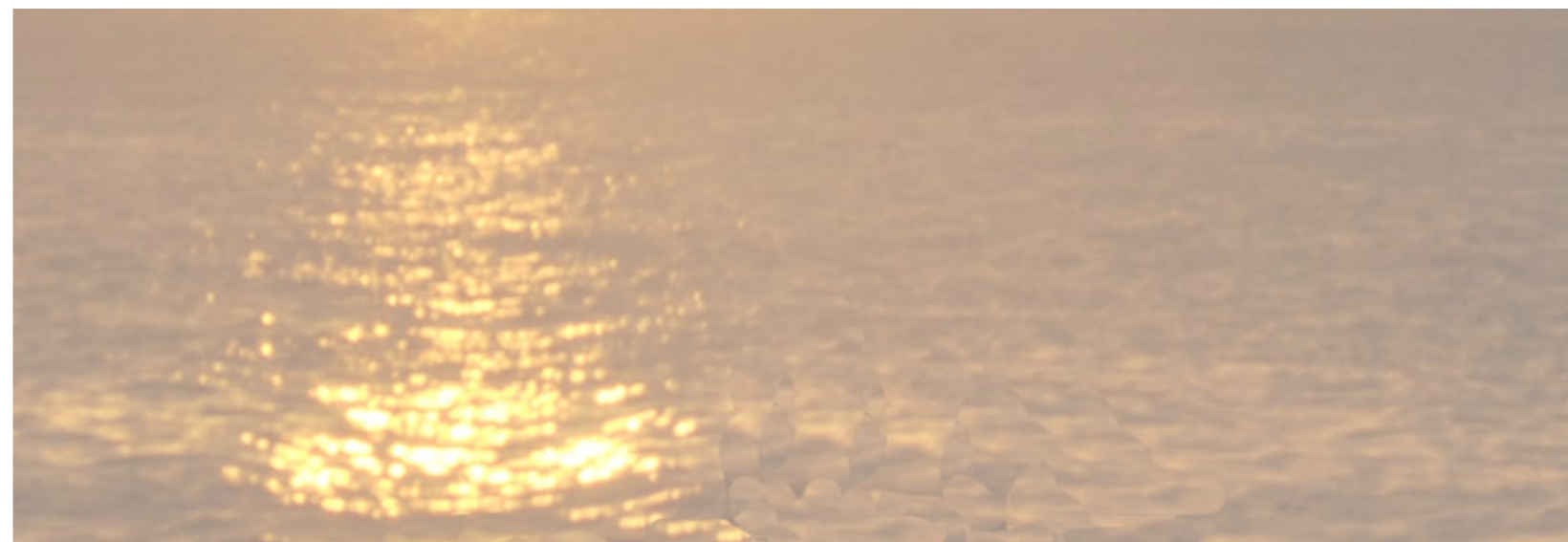
Vamos rodeando nuestra ciudad en forma de seguridad, a veces quieren venir de Babylon a conquistar nuestras tierras o como ellos lo llaman, a “investigarla”, pero nosotros hemos



recibido varios mensajes del Único, quien nos dice que proteger la madre tierra es nuestro objetivo.

Nos reímos siempre de aquellos que creen ser felices en su mundo de tecnología y muros opresores, porque nosotros sí tenemos la libertad de reírnos sin ser castigados, al contrario de toda esa masa que se ríe bajo el control de un arma apuntando a sus cuellos... puede ser irónico que hagamos esto, puesto que acá la única ley es amar a todos, pero, ¿acaso todos no somos solo nosotros? El resto son fichas en un tablero predeterminado a perder en el juego de la vida.

Ahora, la pregunta es, ¿te gustaría vivir en nuestra ciudad? Sin importar tu respuesta la nuestra siempre será: NO. Ninguno es digno de estar acá, a menos de que nuestros cuatro mares lo arrastren y sea iluminado por el Único, pero no te preocupes, nosotros te amamos.



La ciudad de la montaña

Todas las mañanas, una pequeña niña salía de su casa, con su canasta, para la montaña. El viento arrullador acariciaba sus mejillas y los rayos del sol reflejaban su cabello dorado. Sus dientes eran blancos como las nubes, y su cara despejada como el cielo.

Los cantos de los pájaros la guiaban por el camino de los árboles de fruta fresca que recolectaba para su mamá; en él encontraba: mangos, naranjas, limones y mandarinas. En el camino, un conejo blanco la esperaba como era costumbre. Lupe lo había rescatado del río cuando era perseguido por un zorro. No era raro encontrarlos, al igual que ciervos y osos en



estas montañas. Lupe era una niña a la que le gustaba el bosque en las mañanas, más que en cualquier otro horario, para contemplar los robles, los olmos y los avellanos.

En ese día tan caluroso, veía cómo crecían los diferentes tipos de plantas sobre el suelo: las fresas, frambuesas silvestres y arándanos, mientras se divertía con la compañía del conejo. De repente, se sintió temerosa y al detenerse para mirar a su alrededor, solo pudo ver árboles de cortezas grises y ramas secas; pisaba cenizas y no encontraba ni una pizca de hierba. En ese momento, reconoció un desastre causado por un incendio.

Miró al cielo desorientada y sintió un jalón en su pantalón. Era el conejo señalándole, aquí va el río. Se apresuraron a tomarlo y mientras más se acercaban, podían percibir el sonido de una cascada, la humedad, las plantas que lo rodeaban y sintieron cómo se hacía más blanda la tierra. Mientras el sol se ponía, dando paso a la noche que mostraba la oscuridad del bosque, con temor en cada paso, Lupe no encontraba el verdadero camino a casa.

El conejo le mostró un trigal para descansar, porque ella se sentía exhausta de caminar todo el día por la montaña. Al ver que ya caía la noche, decidieron quedarse allí para pasar la tormentosa noche. Al amanecer, el conejo había conseguido tres gajos de zanahoria para el desayuno de los dos.

Salieron del trigal para retomar su camino a casa. Al cruzar el puente de donde el conejo había sido salvado por Lupe, un zorro estaba

persiguiendo a una hermosa coneja blanca de ojos azules y una cola muy esponjosa. El conejo sabía que no podía hacer nada, pero sin embargo, se arriesgó. Cruzó el puente y se le enfrentó al zorro. Lupe reaccionó, corrió y espantó a ese zorro feroz que quería a esa dulce coneja.

Esponjosa, la coneja, sabía que estaban perdidos, porque el incendio había alborotado toda la montaña. Los animales huían de este lugar junto con Lupe y el conejo. Como esponjosa los veía cada mañana que iban a recoger la fruta para la mamá, ella ya sabía el rumbo que debían coger. Entonces le dijo al conejo cómo encontrar el camino de regreso. Aunque Lupe no entendía, los siguió y se dio cuenta que ese era el camino a casa.

La ciudad de las buenas personas

Un día en la mañana, cuando desperté, sentí un aire diferente, sentí un ambiente puro. Me sentía feliz, pero no me explicaba cuál podría ser la causa de esto.

Me levanté y entré a la regadera. Estaba pensativa anhelando que el día en que mi ciudad cambiara, llegara pronto. Ese día me arreglé más de lo normal, porque sentía que era un día especial. Estaba más viva que nunca y quería salir a pasear por las calles, para ver cómo marchaba la gente de mi ciudad.

Al salir de mi casa, el sol brillaba y el cielo estaba despejado. Tenía un color azul hermoso. Después de andar unas pocas cuadras, me di cuenta que toda la gente se saludaba y me saludaba muy amablemente. Pedían permiso, decían por favor y gracias, se ayudaban los unos con los otros, hacían las filas para entrar a los bancos o esperar algún turno de la diligencia que tenían que hacer. No se veía gente discutir en las calles. También vi cómo los que tenían



fama de delincuentes en el barrio, ayudaban a los ancianos a pasar las calles o cargar sus bolsas pesadas del mercado.

Todo había cambiado, aunque no parecía real. Era imposible que toda la gente de mi ciudad hubiese cambiado tan rápido y pasaran de ser gente individualista y despreocupada a ser gente colaborativa y honesta. Me sentía dichosa de ver cómo todo era mejor ahora; pero la dicha no me duró mucho tiempo. Anduve un par de cuadras más y de repente vi cómo un joven le rapaba el bolso a una anciana y salía corriendo. Yo sí decía que tanta dicha no podía ser cierta.

Pero en la ciudad, la mayoría de la gente ya había cambiado y eran buenas personas, así que entre todos atraparon al ladrón y le dieron una buena lección para que no volviera a robar a nadie. Cada vez que pasaba algo así, todos nos uníamos para que la ciudad cambiara y logramos que todos fueran personas correctas.

En poco tiempo me di cuenta que la ciudad que tanto había estado esperando había llegado. La gente cambió y todos eran felices con su nueva forma de ser. Como el ambiente se sentía de una manera distinta, ahora había paz y tranquilidad. Por fin logramos conseguir la ciudad perfecta, la ciudad linda, la ciudad con buenas personas.



La ciudad detrás del espejo

En el mundo donde todo parece igual, encontramos la ciudad detrás del espejo. Es una ciudad tan perfecta, que cualquier persona desearía entrar, pero únicamente lo consiguen aquellos que en su mente solo existe la palabra felicidad.

En esta ciudad las calles están hechas de piedras brillantes, las cuales parecen un espejo que refleja los pasos de quienes caminan por ahí. A los lados, se encuentran las plantas que sonrían cada vez que ven pasar a sus habitantes; sus colores de arcoíris iluminan toda la ciudad. Sin embargo, a ellas nadie es capaz de hacerles daño, ya que si las tocan con brusquedad, serán devueltas a esa ciudad tormentosa que se ve a



Ensuasty

lo lejos de allí, donde la claridad va desapareciendo y la oscuridad se apropia del cielo.

Este lugar tiene un cristal maravilloso, que sus habitantes valoran, cuidan y protegen, como una madre a sus hijos recién nacidos. Este recorre los montes y praderas de toda la ciudad, con un aroma a fragancia pura, que no es como el de otras poblaciones, en el que su olor ya contamina todo a su alrededor. Por este motivo, no todos los seres de allí son capaces de tocarlo, porque no quieren destruir este tesoro que les da vida, ya que si se daña, la soledad se adueñaría de la ciudad detrás del espejo, a causa de la muerte de sus habitantes. Gracias a este cuidado, sus pobladores tienen la oportunidad de alimentarse y mantener su limpieza. Por otro lado, el cielo crea su color azul y la luna hace que sus lenguas más conocidas como olas, puedan hablar para llamarse agua.

El agua nace de las gigantescas montañas que rodean este lugar. Cae en forma de cascada a enormes represas, las cuales no tienen un fondo definido. Cuentan las historias que debajo de ellas se ocultan tesoros inimaginables que cualquier persona desearía tener. Sin embargo, los habitantes de esta ciudad creen que sacar estos tesoros, sería dañar la naturaleza que tanto aman y en realidad nada de eso los satisfacía. Ellos son felices con lo que tienen.

Aparte de toda esta riqueza natural, los ciudadanos se ingeniaron la forma para fabricar sus propias viviendas, las cuales están hechas de madera. Los jóvenes, por medio de la pintura, las han ido decorando para darle más vida a la ciudad. Ellos le pintan a sus casas las historias

de cómo se creó la urbe, de lo que han vivido, de la importancia de la tierra, y lo hacen de una forma muy colorida para transmitirle alegría a este lugar.

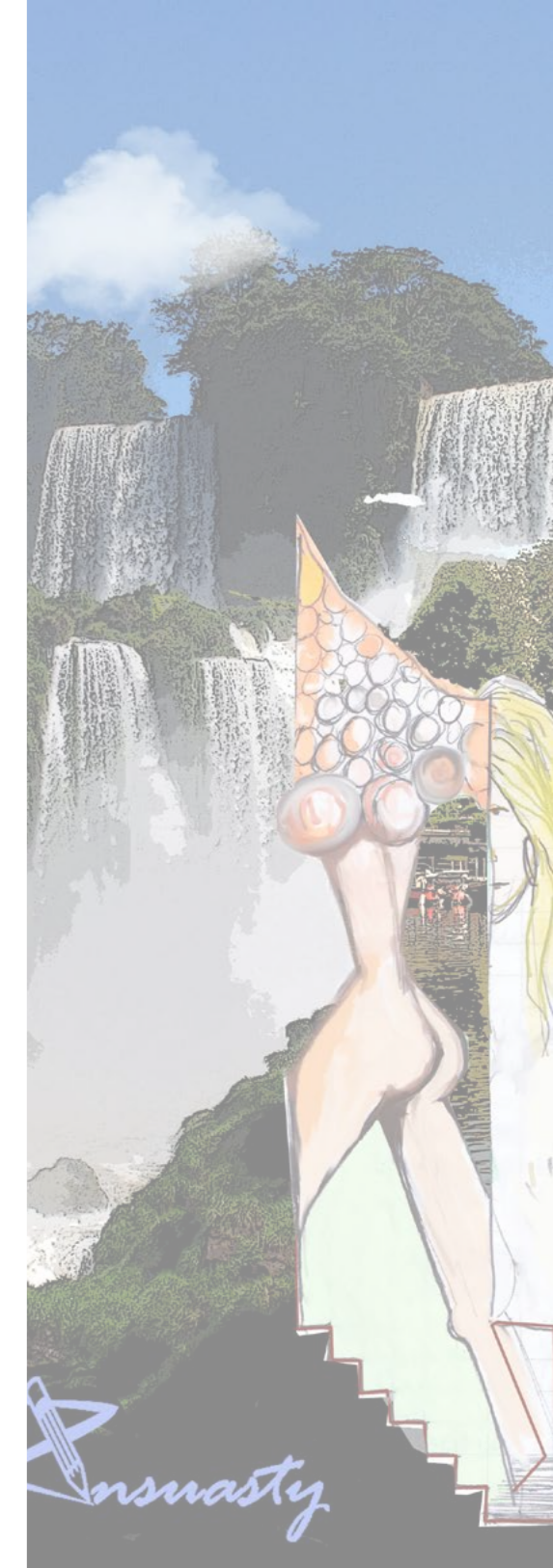
Los pobladores de la ciudad detrás del espejo, son hombres y mujeres de todas las edades. Ellos se dedican a trabajar en comunidad para su supervivencia. En especial, trabajan la tierra (agricultura) que es lo que les da todo lo que necesitan, pero algunos saben hacer otro tipo de labores para su distracción y también para el mantenimiento estético de la comunidad. Las mujeres, especialmente se dedican a la artesanía; algunos hombres, a la modistería o zapatería; los jóvenes aprenden a hacer arte por medio de pinturas y a los niños les hacen practicar todo tipo de actividades para que desarrollen todas sus habilidades y más adelante decidan el campo que quieran practicar. Pero absolutamente todos, trabajan la tierra. Desde el más chico, hasta el más grande.

Allí no solo existen los seres humanos, sino también habitan criaturas que tienen poderes fantásticos. Son seres sobrenaturales, sin alma y de estatura menuda variable entre los 20 cm y el metro de altura. Tienen una actitud generalmente afectuosa con los seres humanos, para los que realizan trabajos domésticos o en los campos, a cambio de un poco de comida. La mayoría de estos habitan en el bosque, teniendo como vivienda el interior de algún árbol o, incluso, en el subsuelo de la tierra.

Sus costumbres son nocturnas y poseen un carácter extremadamente susceptible que les conduce a adoptar actitudes despectivas u hostiles contra los hombres que les ofenden. Tienen habilidades tales como mimetizarse, hacerse invisibles, pasar por el ojo de la cerradura, imitar

los sonidos de los animales y hacerse sentir, tocando a un ser humano con sus manos, produciéndole escalofríos. La naturaleza de estas criaturas se reparte entre la del hombre y la del ángel, en partes iguales; por ello, pueden moldear sus cuerpos y así lucirlos a su antojo, ya que es un orgullo poseer tanta hermosura. También poseen poderes y fabrican amuletos para realizar toda clase de conjuros. Pero allí solo los pueden utilizar para hacer el bien común, mas no para actos vengativos, que perjudiquen a otro ser vivo. Porque en esta ciudad no se permite ningún acto de maldad.

Además de estas extrañas criaturas, podemos encontrar una barrera que rodea toda la ciudad, con la cual sus habitantes se tropiezan diariamente y al hacerlo, se ve su reflejo. Cuentan que si se atraviesa esta barrera, se llega a un mundo de sufrimiento, en el que prima la mentira, el odio y su mundo se hace llamar planeta tierra.



La ciudad del misterio silencioso

Que gratificante es levantarse a diario en esta hermosa ciudad, llena de zonas verdes. Las calles y avenidas que la conectan, son coloridas y tienen mucho arte en ellas. Las vecinas adornan sus jardines y pintan sus casas con colores, lo que le da armonía a la ciudad.

Sus habitantes están siempre sonriendo por cualquier esquina o calle por la que van. Todos son amigables, cordiales y sobre todo, honestos.

Lo que más nos gusta a los ciudadanos son los medios de transporte: viajamos en lindos trenes de 4 vagones, son de color rojo con verde y sus asientos son muy cómodos; realmente no siempre se llenan mucho, pues a las personas les agrada más ir en cicla.

Cuando pasamos por el gran parque de la ciudad, se ven parejas de abuelitos muy enamorados. También se puede disfrutar de



sus zonas verdes, por las que pasean, corren y juegan los perros felices. También están los cuenteros.

Al cruzar la calle, se ve la escuela de danza. Entonces se observa niñas, que emocionadas, hacen lo que les gusta, siempre concentradas y disciplinadas.

Dos cuadras más adelante, se percibe el olor del pan caliente y la deliciosa avena cubana. La fachada tiene unos grafitis inspiradores, con frases de algún músico o poeta y dibujos de señoras sonriendo, tejiendo o incluso danzando; hay uno en especial que me gusta, es un mural de todos los artistas de rock y reggae que ya han fallecido.

En los semáforos se paran los mimos, que sonríen a los caminantes. Para los ciclistas están las ciclo rutas, adornadas de tal manera, que no intervienen con los andenes.

Los avisos están dibujados con varios colores. Estos también alumbran de noche. Hay indicaciones en todas partes para que la persona que llegue no se pierda. Es una ciudad muy organizada y limpia, En ella se respira mucho amor.

Pero esto no siempre fue así. Aún recuerdo aquel día en el que Polondría desapareció. Polondría fue nuestra ciudad natal y la que dejamos a un lado, después de un terrible y lamentable hecho. Hace 10 años vivíamos quizás no en tanta armonía como vivimos ahora, en Alejandría, pero vivíamos bien, vivíamos felices, y lo más importante de todo, vivíamos tranquilos. Pero todo cambió cuando aquella noche de

invierno de 2005 llegó aquella mujer, con su cabello largo, su sombrero negro, sus maletas sucias y su vestido manchado. Se hacía llamar Madame Blatavski. Era una mujer que, a primera impresión, se veía con buena intención, como una señora de edad. Toda la población quiso ser amable, pero en la ciudad empezamos a tener largas temporadas de lluvia con tormentas, o largas oleadas de calor intensas, lo cual nos llevó a tener muy malas cosechas, y largas temporadas de sequía; pero ese no fue el único problema. Los hombres que siempre habían sido buenos y trabajadores, empezaron a beber y a volverse irresponsables. Las mujeres que trabajaban como vendedoras de los productos agrícolas, a pesar de la sequía y de los problemas, seguían vendiendo. El problema se agravó cuando empezamos a notar que los hombres se iban muy temprano, volvían muy tarde y llegaban ebrios. Además, las mascotas empezaron a tener comportamientos extraños y se golpeaban entre ellas. Empezamos a culpar de todo a la comida, y por supuesto, a Dios, por el clima.

Creímos que eso causaba malas cosechas y generaba el comportamiento en hombres y animales.

A Madame Blatavski se le veía muy poco en la calle; solo los lunes y los miércoles que iba a la tienda de don Pedro, donde siempre compraba lo mismo: pan, canela y 2 litros de leche, supongo que para sus gatos negros. En ese momento, ella poco nos importaba. De pronto se empezaron a desaparecer los animales de carne roja y algunas veces hasta aparecían sus cabezas flotando en el río. Después de 4 años así, ya empezamos a desesperarnos. Aumentaron los problemas, empezaron

a desaparecer algunos hombres y la comida escaseaba. Entonces la población se generó una sola pregunta, ¿qué nos ha pasado?

La vida nos estaba golpeando, no teníamos dinero para partir, tampoco queríamos abandonar nuestra ciudad, ¿pero qué hacer? No aguantaríamos mucho más tiempo así. Uno de esos lunes que salió, la vi. Aquella anciana siempre vestía igual. La vi tan diferente al resto de personas del pueblo, no estaba delgada, ni se le veía triste, porque iba con una sonrisa fingida y con una mirada directa a todo aquel que se le atravesara en el camino. ¿Qué le sucedía a Madame? ¿Por qué estaba bien ante la adversidad? Me planteé muchas opciones, entre estas, hasta la admiré, porque ante tantos problemas, ella al menos seguía siendo igual a cuando llegó, incluso se le veía mejor. En conclusión, llegando a mi casa pensé en qué pasaría si todos hiciéramos lo mismo, si la tomáramos como ejemplo para ser personas fuertes ante la adversidad. Decidí ir a su casa y golpeé en la puerta. Las luces estaban encendidas, pero nunca me abrió. Entonces, me devolví con algo de inquietud y decepción. Aquella noche ocurrió una tragedia que jamás olvidaré en mi vida. La muerte de mi hermoso Firulais, mi perrito hermoso y única compañía. Esa noche partió sin siquiera despedirse y junto a él se fue una parte de mí.

La vida me golpeó, pero no me dejé vencer. Quise salir adelante allí donde crecí, quise buscar de nuevo a Madame, pero sin éxito. Se empezó a crear un rumor en el pueblo que decía que habían visto una mujer volando en una escoba. Que raro, me dije. Jamás había escuchado eso y menos en el pueblo, pero si nos ponemos analizar,

cualquier idea que nos diera una esperanza de saber qué era lo que nos estaba pasando, teníamos que aferrarnos a ella. Así que decidimos hacer una junta. Nombramos un equipo de espionaje, todo muy sigiloso. Se vigilaría desde la casa, para no ser descubiertos.

Pasaron varios meses sin éxito. Ya teníamos ganas de parar, pero aquella noche de verano, la vimos. Ocho personas la estábamos vigilando ese día. Todos la vimos. Era una mujer volando sobre algo, yendo hacia el bosque. Decidimos investigar y todo apuntaba a ella. Buscamos en libros de la biblioteca donde decía que siempre la mujer mayor con sombrero debía ser bruja, pero no podíamos basarnos en un libro antiguo para señalar a una sola persona. También mencionaba el texto que el clima cambiaba, los animales morían y que todo cambiaba.

Decidimos buscar cómo hacer trampas, pero nunca tuvimos éxito, así que decidimos confrontarla y decirle que confesara. Nunca hubo respuesta de parte de ella, ni aceptación. Simplemente nos dijo: “esta tierra jamás volverá a ser lo que era”. Entendimos que había caído una maldición y que tendríamos que marcharnos. Después de 7 años de problemas en Polondría, nos dirigimos unos 100 kilómetros al norte y encontramos Alejandría, un pueblo chico, pero que se puede explotar con trabajo. Ahora tenemos una de las ciudades modelo del país. De Madame, poco después de decirnos eso, jamás volvimos a saber de ella.

Nunca tuvo la gentileza de asistir a las juntas del pueblo.

La ciudad de la ilusión

Empezando mi rutina diaria entre la universidad y mi hogar, me llega a la cabeza mi destino que es un lugar “hermoso”, en el que la mayoría de los ciudadanos anhelan vivir algún día. Durante mi recorrido siempre me pregunto ¿por qué quieren vivir en la ciudad de la ilusión? Sí, yo la llamo así porque es una farsa. Todos creen que es el final del arcoíris en que el que los problemas se desaparecen y los deseos anhelados se cumplen, pero no es así.

Esta ciudad no es como se cree que es, porque para vivir en ella, solo se necesitan dos cosas: la hipocresía y el egocentrismo. Sus habitantes la llaman sus más



grandes virtudes, yo simplemente la llamo la enfermedad inhumana. A medida que avanzo por este camino, empiezo a distinguir las diversas casas extravagantes, que cada vez, se ven más y más grandes.

Se empieza a diferenciar a las personas. Drásticamente el tipo de gente cambia. Lo que antes reconocía como personas amables, te alegraba el día, ahora son personas egocéntricas, de mirada fría e inhumana, que empiezan a denigrarte.

Aun así, los habitantes de esta ciudad no me afectan, porque a pesar de que vivo alrededor de una mentira, vivo en mi realidad, con mi esposa y mi hogar. La gente nos ve raros, porque somos muy diferentes a ellos, pero esa actitud debe ser importante, porque si eres diferente, sabrás que estás aportando en hacer un cambio en esta sociedad. Los habitantes de la ciudad de la ilusión se dan cuenta que no son tan distintos a las personas que viven en las otras ciudades, pero aún así, siento que hay algo, no sé qué sea, pero hay algo oculto y siniestro sobre esta ciudad.

Una noche, devolviéndome de hacer mis compras, casi llegando a mi hogar, me di cuenta que me estaban siguiendo. Eran unas personas poco peculiares, muy distintos a los habitantes de esta ciudad, casi parecían entes de otro mundo. Aún así, temía por mi vida, así que quise desviarme de mi camino, para que mis perseguidores no supieran en dónde vivía. Sin embargo, algo me decía que ellos ya lo sabían. Así que preferí ir a donde mi amigo Albert, que vivía cerca.

Cuando llegué al final de la cuadra, intenté correr tanto como podía, llegando a creer que ellos no sabían que ya estaba al tanto que me seguían. Evidentemente, no era así. Cuando miré hacia atrás, ellos sacaron de los bolsillos de sus gabardinas unas extrañas armas que resplandecían con una luz que me cegaba. Era algo que jamás había visto me mi vida. Me quedé petrificado, clavado en el piso. Cuando ellos empezaron a disparar, reaccioné con mucho más temor por mi vida; no sabía qué hacer, solo mi instinto me obligó a correr. Esto no era normal y yo tenía razón: la ciudad de la ilusión tiene algo oculto y siniestro que afecta a la sociedad.

Seguí corriendo tanto como pude. Pensé en mil maneras de esconderme de estos entes que me querían asesinar. Llegué a un parque (que estaba cerca a la casa de mi amigo) en donde existe una pequeña casa para jugar. Ahí me escondí para librarme de ellos. Tan solo esperé e intenté calmarme de tanto agite que tenía por correr. Escuchaba atentamente los pasos de ellos mientras me buscaban y me asomé un poco para saber cómo eran. Estos seres eran altos y encorvados, de ojos grandes y rojos, completamente penetrantes con sus armas futuristas; no sé lo que eran, pero no son de este mundo.

Estando en su búsqueda, sacaron un artefacto holográfico, balbucearon palabras con voces gruesas y temerarias que no entendí, y simplemente desaparecieron. Sin entender qué había pasado en este poco tiempo, reaccioné y fui directo a donde Albert. Subí todas las escaleras del edificio en donde él vivía, llegué al apartamento y estuve a punto de tocar la puerta, cuando de repente la abrieron, tan rápido, que ni sentí

que me halaban del brazo con fuerza. Era Albert, (haciéndome la seña del silencio y al mismo tiempo, la seña de que lo siguiera). Me llevó hacia el ventanal del apartamento. Cuando me asomé, allí estaban esos extraños seres otra vez.

Albert me dijo que fuéramos a la habitación principal. Yo lo seguí, pero mi cabeza pedía alguna explicación coherente de todo lo que estaba pasando, cosa que hice cuando Albert cerró la puerta. Él me pidió que me calmara y que hablara más bajito, porque ellos nos podían oír. Y finalmente obtuve mi explicación:

-Verás, esos seres se llaman los “Nofus”, son seres de otra dimensión, exactamente del futuro, que trabajan para el gobierno de esta mugre ciudad. Por culpa de estos seres, todos los habitantes de esta ciudad son así de indiferentes y dispersos. Pero ellos solo aparecen cuando se necesita cazar a alguien y me imagino que eres tú.

¿Por qué yo?- Le pregunté

-Porque eres diferente. Tú eres la única persona que conozco, que no estás contagiado de esas porquerías de ideologías.

-Al igual que tú

-Sí, pero yo no me paso criticando a la ciudad

-¿A qué te refieres?

-Me refiero a que no soy bocón como tú. No estoy diciendo cómo está de destruida esta ciudad.

-Pero si yo no lo hago, ¿Quién lo hará? ¡Esto tiene que acabar ya!

-Haz lo que quieras, pero es por eso que los Nofus aparecieron. Por tu culpa nos asesinarán.

-Cálmate Albert, tengo un plan, pero necesito de tu ayuda

-Okay, siempre y cuando no tenga nada que ver con mis cosas

- En realidad...

Y Albert frunció el ceño, demostrando toda su molestia hacia mí. Mi plan consistía en llamar la atención de los Nofus para luego asesinarlos, explotando el apartamento de Albert (lo siento Albert, le dije). Escaparíamos por las escaleras contra incendios. Fue difícil convencerlo, pero por fin accedió. Así que empezamos a gritar muy fuerte por la ventana, llamando la atención de los Nofus. Inmediatamente, los extraterrestres entraron al edificio. Albert y yo preparamos toda la explosión con el gas de la estufa, cortamos la manguera y nos preparábamos con el encendedor para activar la explosión.

De repente, tumbaron la puerta de un solo golpe y esta salió volando hacia nosotros, que tuvimos que esquivarla. En ese mismo momento solté el encendedor. Entonces, Albert y yo corrimos a refugiarnos en el baño principal. Mientras los Nofus empezaban a destrozar el apartamento, le pedí a Albert que hiciera silencio, y que me ayudara

a pensar en un nuevo plan. Pero él dijo que no, que siguiéramos con el mismo. Albert abrió la gaveta del baño, y sacó una maleta de supervivencia con primeros auxilios. La esculcó y sacó de ella una bengala.

-Toma y avísame cuando salgamos del baño. -Eres el mejor, amigo

-Lo sé. Ahora avísame cuando estés listo

-Ya lo estoy

Entonces abrimos la puerta con fuerza, salimos corriendo hacia las escaleras contra incendios, encendí la bengala y la lancé hacia la estufa. ¡BOOM! Explotó todo alrededor, asesinando a todos los Nofus en el apartamento. La onda de la explosión nos lanzó por los aires y por poco Albert y yo morimos, pero aún así, caímos en la calle y sobrevivimos. Entre agites y tos, Albert me dijo:

-Jejejejeje viejo, estás loco, pero lo lograste

Y le contesté -Pronto vendrán más. Rápido. Hay que salir de aquí. Acompáñame a sacar a mi esposa de esta ciudad.

Nos levantamos y fuimos a mi casa. Llegando a la puerta vi a mi esposa Emmy, mirando el humo que salía del apartamento de Albert. Nos vio correr y me gritó:

-¿Qué fue lo que ocurrió allá?

-Es largo de contar, pero ahora tenemos que irnos

Fui por las llaves del auto, nos montamos en él y nos fuimos tan pronto como pudimos. En la salida de la carretera, por el retrovisor del auto, veía a la ciudad. Sé que por el momento descansaré de lo que pasó esta noche, pero presiento que esto aún no se ha acabado. Sé que pronto volveré a la ciudad de la ilusión, para que de una vez por todas, la salve de lo que la tiene cautiva.

San Nicolás

En 1970 se fundó San Nicolás, una ciudad donde los habitantes trabajaban por el bien común de una persona o un grupo específico, y estaba habitada por ciudadanos organizados y comprometidos. Allí no existía ninguna persona que estuviera al mando, ya que cada quien era su propio jefe, pero teniendo en cuenta el pensamiento del otro.

La familia era fundamental en esta ciudad y una trabajaba en función de la otra. Lo que le faltaba a alguien, el otro trataba de conseguirlo; no existía ningún tipo de conflicto; la violencia no se conocía en esta ciudad.

Era una ciudad soñada, en la que todos querían vivir, pero no cualquiera la podría habitar.

San Nicolás empezó con 14.000 habitantes. No era una ciudad muy amplia y por ende estaba muy organizada en cada ámbito. Cada familia tenía su comodidad y ninguna carecía



de nada. Las carreras que más se estudiaban eran las ingenierías y las humanidades, ya que existían los amantes de los números y los que querían entender la humanidad.

Así mismo, por el orden, su factor económico también estaba muy organizado y se veía reflejado en las tasas. Cada familia tenía una buena casa con todas las comodidades, televisor, muebles y por supuesto, todos los servicios. San Nicolás era catalogada la ciudad más alegre del mundo y la mejor para vivir.

Nada quedaba lejos de sus sitios de trabajo o de sus universidades. Se empeñaba por ser una ciudad que promovía el deporte y ninguno sobresalía más que otro, sino que todos se practicaban por igual. Por ende, cada persona era muy buena en el que practicaba, tanto en las escuelas deportivas, como independientemente.

San Nicolás era una ciudad muy grande para tan pocos habitantes, por lo que si le traía una leve comodidad para sus vidas; no existían incomodidades en cuanto al transporte, ni en la parte social; cada quien se podía movilizar de una manera muy tranquila.

Los costos de las cosas se acomodaban a su trabajo y a sus gustos; todos trabajaban para un bien común. No existían las cárceles porque no las necesitaban, solo con una simple corrección verbal, se arreglaban las situaciones.

Cada persona tenía un grado de educación y aprendía día a día con base en el conocimiento del otro y de sus propias experiencias. El

horario más extenso de trabajo era de 7 horas, ya que se consideraba que el tiempo con la familia era importante y necesario. La gente no discutía, ni estaba en desacuerdo frente a algo.

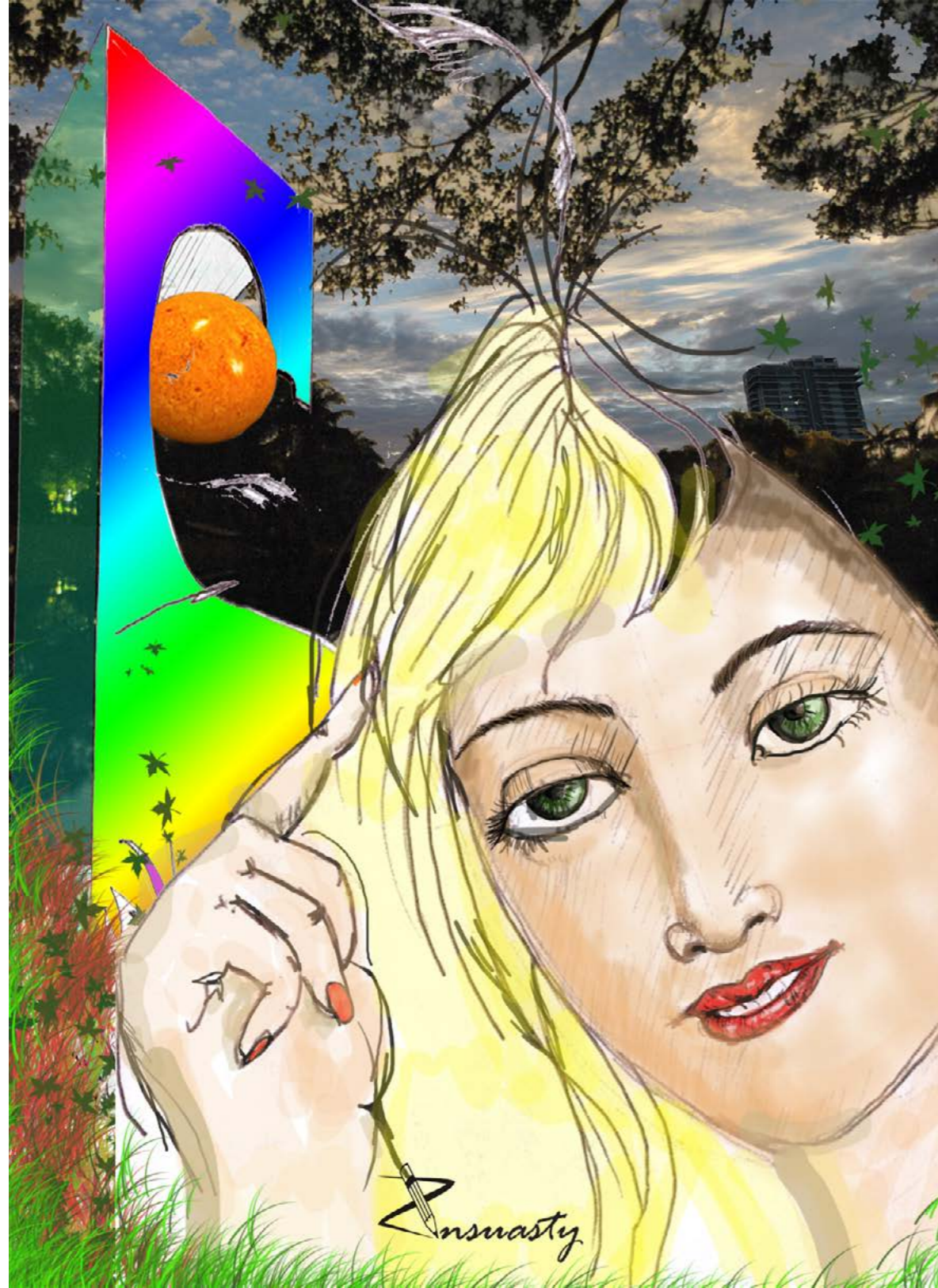
45 años después de su fundación, San Nicolás se volvió la ciudad más visitada de todo el mundo, porque además, el clima era favorable para el turismo. Las vacaciones iban destinadas a San Nicolás para cada persona. Contaba con 3 playas, las cuales eran catalogadas como las más limpias y las más grandes del mundo. No tenían algún tipo de contaminación, porque quien ensuciara, debía limpiar inmediatamente. Por lo tanto, era una ciudad muy limpia.

Y aunque el número de habitantes aumentó a 23.350, siempre se mantuvo el mismo fin, el de ayudar al otro y pensar en el bien ajeno, por encima del bien propio.

La ciudad del pensamiento

Emprendemos un viaje, pero no físico, un viaje mental, en el que vamos a ir a una ciudad diferente, nada cotidiana, por el contrario, totalmente fuera de lo común. En esta ciudad vamos a imaginar cosas del día a día que quizá sean reales y no nos hemos dado cuenta, viajaremos a una ciudad en la que el tiempo es amigo de las personas; iremos a un lugar en el que las personas no tienen más facetas de las que muestran, solo están ellas y su esencia, lo que realmente son, lo que realmente está en ellos.

Esta ciudad de la que les hablo es un lugar soñado, no para todos, pero sí para muchos, porque es un sitio tranquilo, lleno de paz, sin engaño, sin mentira; los habitantes de aquel lugar son las personas más honestas que puedan imaginarse, y esto mismo hace



que su convivencia interpersonal sea la mejor, sea en pro de llevar un bien colectivo para toda la ciudad.

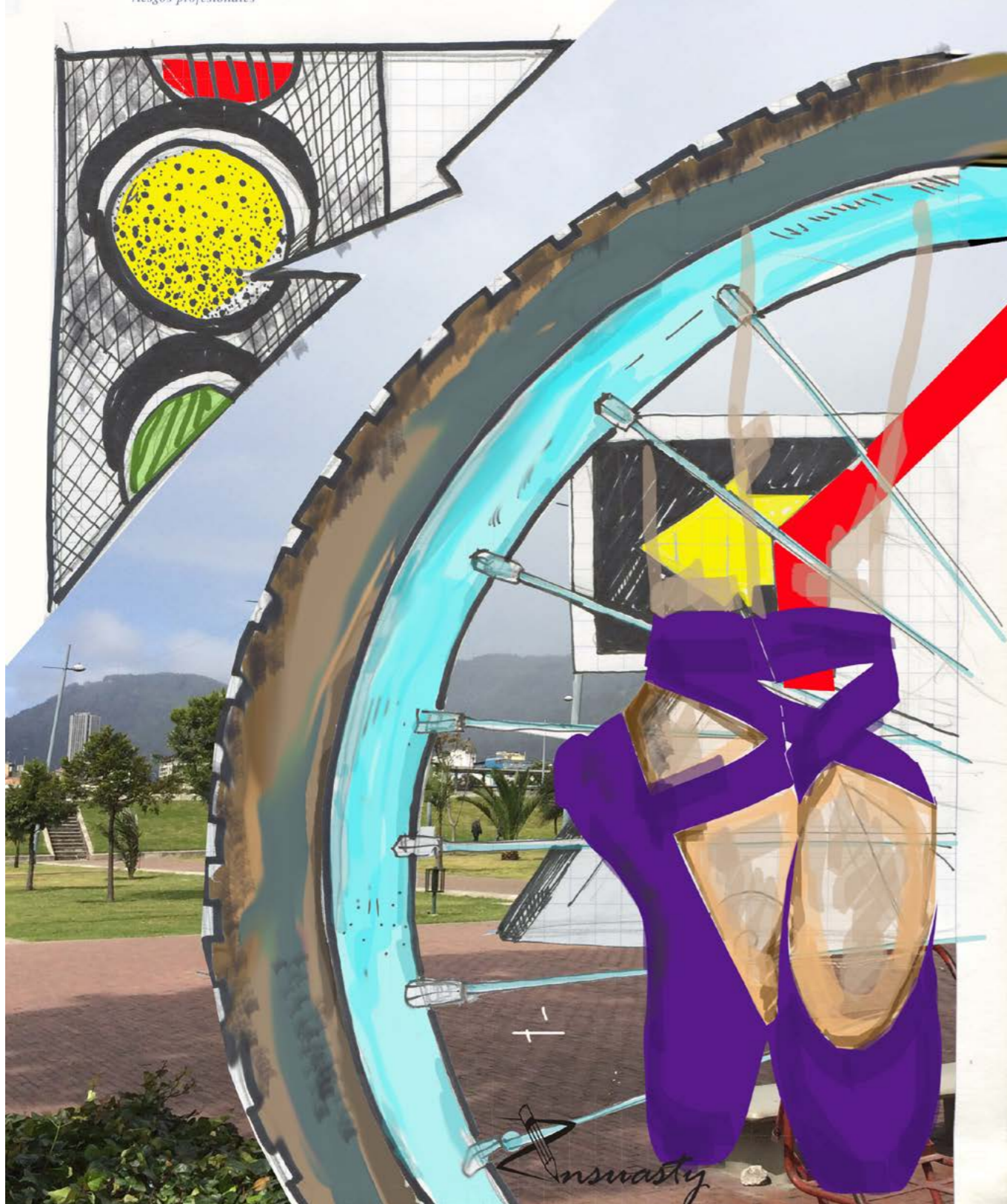
En algún lugar, no podría especificar, existe un mundo distinto, en el que solo importa lo que vive en tu mente, eso es lo real, lo que está dentro de tu cabeza, hasta tus más mínimos pensamientos están vivos, son reales. Todos los recuerdos y cualquier tipo de cosa que tengas en tu mente están allí. Es un lugar que para unos es anhelado, pero para otros indeseado; para mí, necesario. Es una ciudad fantástica, un sitio en el que las personas pueden ser como son, sin ánimo de insinuar que las personas son de doble personalidad en su cotidianidad. Es un lugar en el que su aura trae consigo la verdad. Es tan puro, que lo único que atrae es sinceridad.

Este lugar no tiene ni mañana, ni noche, porque así el tiempo no ocupa un lugar trascendental en la cotidianidad de los ciudadanos, sino más bien hace el papel de acompañante. El fin de esta ciudad es que todas las personas puedan ver que hay algo en los demás, más que su físico. Es un lugar en el que cualquier ser existente puede conocer hasta lo más íntimo de su mente, para que esto lo lleve a conocerse a sí mismo, y como consecuencia de todo eso, llegue a su plenitud existencial.



La ciudad de ruedas

Es una ciudad feliz, con un sol resplandeciente, llena de colores, diversión, tranquilidad esperanza y sobre todo muchas ganas de vivir, donde soñar es lo más importante. Son las seis de la mañana y las calles parecen como pistas de carreras; todos los niños van hacia la escuela tan alegres como si fueran a ir a un parque de diversiones. Van a superar sus metas, a lograr lo que para muchos con esa situación es inalcanzable, para mejorar su conocimiento. Algunos quieren ser doctores, bomberos, policías, astronautas, deportistas, químicos, modelos y mil profesiones más. Esperanza es lo único que nunca les faltará día a día. El entusiasmo y lo positivos que son, llenan de fuerzas a sus padres para sacarlos adelante. Llegan las doce del mediodía y todos van directo a sus casas para hacer tareas lo más pronto posible para salir. Todos salen a jugar, se bajan de la silla, se arrastran, se ensucian, dan vueltas, miran al cielo, ven figuras en las nubes y juegan básquetbol. Es un día



perfecto. Pero no todos los niños son realmente alegres. A Lucerito, no le interesa mucho la alegría, las carreras, salir al parque. Ella todo lo ve con dificultad. Las tardes iluminadas, para ella, son las más espantosas, ya que se acaba el día y ella está en la misma condición, postrada en su silla de ruedas; postrada en una silla sin ilusiones. La gente no la mira de la misma manera y siempre la tratan con lástima. Su vida es un agujero negro donde todo gira en el mismo sentido sin claridad. Las personas de la escuela en donde día a día le dan motivos para soñar, no se dan cuenta que una persona en silla de ruedas tiene muchas limitaciones, como nunca levantarse, dar un paso, correr, saltar, ni mucho menos sentir la arena de la playa en medio de sus dedos.

Luna, su única amiga, la espera para hablar con ella y entender por qué actúa de tal manera. Luna es ignorada, su mirada se vuelve vacía. Lucerito y luna formaron grupo para la elaboración de un trabajo.

-La vida es maravillosa, siempre aprendes cosas nuevas, los animales son hermosos y me encanta la tarde tan iluminada como siempre. ¿Y a ti? – dijo Luna, preguntándole a Lucerito

-Lucerito Respondió -La vida es muy dura. No entiendo cómo tener esperanzas sin poder caminar; no entiendo cómo somos importantes en esta maldita silla.

Sus padres organizaron una fiesta: decoraron con bombas grandes de muchos colores, serpentinas, juegos, payasos y lo más importante, invitaron a Luna, a sus amigos y conocidos de la ciudad. Cuando empezaron a llegar los invitados, los padres estaban entusiasmados,

pero ella no estaba muy feliz, sentada en su silla, dándole la espalda a todos. A sus oídos empezó a llegar una linda y suave música. Eran compañeros de estudio cantándole las canciones favoritas. Entonces, un hermoso brillo empezó a salir de sus ojos, pero tan rápido como apareció, así mismo se desvaneció poco a poco.

Acabada la música, Lucerito dio las gracias y dio vuelta de nuevo dándole la espalda a cada uno de ellos. Todos escucharon el llanto de Lucerito, cuando ella empezó a hablar.

-Solo quiero ser una bailarina de ballet profesional, pero claro, por esos inútiles pies no puedo. Sé que he sido grosera con la mayoría de ustedes y les pido mil disculpas. Solo quiero cumplir un sueño, un sueño bobo que nunca podré alcanzar.

Luna: -Te entiendo, Lucerito. Yo he querido lo mismo desde que tengo uso de razón, pero todos los días cuando me acuesto ese es mi mejor sueño. Sé que por estar en esa silla de ruedas tienes una limitación muy grande, pero sí se vale soñar, así que deja de llorar y disfrutemos la fiesta, sin reproches y disgusto.

Lucerito: -Buena idea seguir y disfrutar la fiesta, pero ese es el problema en pasar los días como si nada, pasar las páginas de mi vida y solo terminar en pensar que para mí, caminar, es una utopía.

La ciudad de La Tuna

Es un lugar mágico, en donde los deseos se hacen realidad y la historia una fantasía. Existe multiculturalidad en sus calles; la gente corre, ríe, llora, grita, camina de esquina a esquina, unos cargando dolores ocultos tras una sonrisa y otros tantos con ira o una felicidad que se contagia.

Tiene un parque principal donde la soledad e inseguridad abunda en las noches. En ocasiones está convertida en caos; sin embargo, dentro de él hay espacios que me permiten que la tranquilidad en mi alma aumente, que el vacío que cargo se disminuya y que se llene de mil emociones, mientras al son de un cigarrillo, música y café, construyo un futuro mágico.

Al amanecer todo cambia. El ruido de los autos aumenta, al igual que la tensión de todos aquellos comerciantes en cada cuadra por cumplir metas, sueños y propósitos, para ellos y sus familias. Las casas son más claras,



pueden visualizarse sus exóticos colores. Algunas son muy antiguas, otras recién hechas, pero todas tienen un aroma de hogar inigualable. Mirar el cielo se convierte en un momento de admiración, ya sea cuando está claro y despejado u oscuro y taponado de nubes grises. Su belleza es medida más allá de la superficie, es la capacidad que tiene de iluminar nuestras mentes y llevarlas a un punto de éxtasis para imaginar la construcción del mañana.



La ciudad sin nombre

Recuerdo que mi ciudad es un lugar claro cada mañana. El frío no es un espíritu que acecha, al contrario, en realidad es el buen vecino que acompaña con la llegada del alba. El día empieza con los adultos repartiendo a sus hijos en los colegios, esos mundos donde vivirán sus primeras historias. Pueden vivir el cuento de algún caballero o la del bufón del pueblo. Yo solo veo cada uno de esos residentes pasar y me imagino una historia para cada uno, sin olvidar la banda sonora.

El medio día llega buscando a los esclavos del inclemente calor. Algunos prefieren un café por más fuerte que sea la energía del sol, tal vez, con esa temperatura logren quemar esos demonios que a todos nos complican la vida. En esta ciudad las miradas son amigables, los caminos suaves y la gente eufórica, pero de vez en cuando, los caminos se cruzan entre algunos individuos. Puede que sean conocidos, familiares o por alguna razón del

destino debían conocerse. Lo importante aquí es que la soledad no es amiga de estos callejones.

La noche llega con una hermosa luna, invitando a los amantes nocturnos y a los que se llevan bien con la bebida. Las anécdotas del día penetran cada conversación, esperando un buen oyente o alguna risa recurrente. Quisiera invitar a todos a mi ciudad. No tengo un proyecto utópico, solo el de vivir la realidad.

Ahora, es muy importante mencionar algunas historias de esta ciudad. Después de todo, fueron esas historias las que penetraron las calles como semillas y construyeron todos los edificios donde sucedieron tantas cosas y aunque esta ciudad es maravillosa, no todos tienen la suerte de disfrutarla.

Contaré primero la triste, la señora del hermoso pelo rubio que se esconde bajo las sombras de su casa donde encuentra la compañía de sus amigos. Los perros en este caso, esos animales que nunca defraudan, como lo hizo su único pariente con ella: su hija, que cuando salta de país en país, solo viene compartiendo resentimiento e incrustándolo en el corazón de su madre. La mujer de pelo rubio, aún así, mira por su ventana esperando que algo bueno crezca de tanta decepción. Solo espero que su frágil corazón resista; algo bueno llegará.

Eso fue algo triste, lastimosamente el mundo no es bueno con todos. Es normal aquí que cuando la mayoría tiene un día malo, cae una lluvia colosal que esconde a todos en sus casas, incitándolos a ir a sus cálidos recuerdos, aunque algunos sean más fríos que reconfortantes. Por mi

parte, me pongo a recordar historias como la de mi conocida, pero trato de no darle tantas vueltas al asunto y me esfuerzo por ponerle algo de fantasía a la vida.

Así pues, llegamos a la anécdota alegre, la del poeta que duda de sus palabras. Las personas que aman escribir saben muy bien que no siempre están seguros de lo que escriben y a este chico le pasó. Pero tenía que leer algún poema frente a una audiencia considerable en poco tiempo, para el concurso en el que participaba.

Desgarró su conciencia, criticó su vida y se hizo amigo de sus problemas. El resultado fue poco menos de una página. Se sostuvo de donde pudo, habló con la voz firme y soltó sus pensamientos. Fue exacto el segundo en que la audiencia reaccionó, cuando él finalizó, para ovacionar su trabajo. Él se quedó frío, pues no esperaba que sus palabras fueran merecedoras de sus aplausos.

El chico no ganó, pero fue el tercer finalista. Los jueces complementaron su trabajo, invitándolo a seguir, además de regalarle un pequeño texto de poemas populares. Ese día, sintió tanta alegría en su corazón, que recibió la fortuna de que desconocidos, amigos, después del evento, siguieron abrazándolo y aplaudiendo su esfuerzo. Eso le permitió guardar ese recuerdo por siempre.

Así es esta ciudad, sus historias varían, lo que prometo de ella es que nunca se aburrirán.

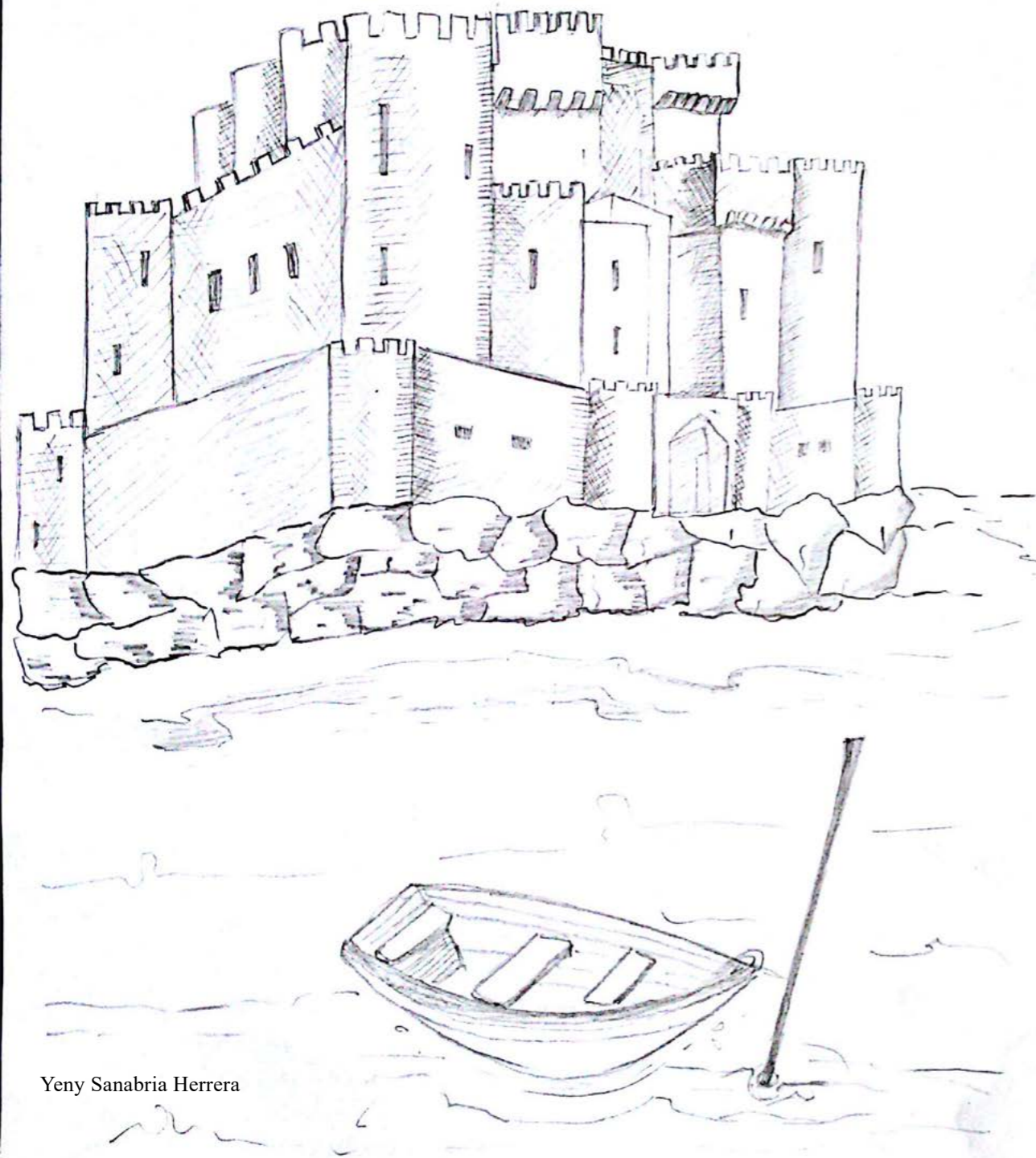
La ciudad de Ónix

Ni muy al norte, ni muy al sur, existe una misteriosa ciudad llamada Ónix. Mito para algunos, posibilidad para pocos, pero el sueño de todos.

Esta ciudad es de un resplandor sin igual; tiene bosques cuyos árboles son preciosos, con hojas de esmeraldas, caminos de ópalos y flores de amatista; pero lo más precioso es el castillo del rey, construido en oro sólido que brilla con la luz del sol y resplandece con la luna.

Tienen prohibido la entrada de extranjeros, cuyos corazones codiciosos pueden acabar con su preciada ciudad.

La protegen de ojos curiosos y malintencionados. Está rodeada por una gran muralla, vigilada día y noche por soldados valientes y fieros.



Yeny Sanabria Herrera

Así finalizó la lectura de la historia Ana, al llevar a su pequeño hijo a la cama; era un niño travieso y de ojos azules, cabello castaño y con una sonrisa de medio lado que lo hacía conseguir casi siempre lo que quería.

-Hora de dormir, Edward

-Descansa, mami

A Edward le gustaba escuchar la historia de la ciudad de Ónix todas las noches. Cuando su madre se iba, sacaba el libro de debajo de su almohada y observaba los dibujos, los admiraba e imaginaba encontrar la ciudad. Quería ser un aventurero. El primero en encontrarla y gastar sus riquezas. Poco a poco se dormía, con las imágenes de la ciudad que se recreaban en sus sueños.

Edward y su madre vivían en el reino de Azul. Su madre tenía una hostería en la playa, ella la atendía y Edward, le ayudaba.

Tenían un pequeño bote y con él, Edward salía a pescar y llevar pescado fresco a sus huéspedes, o eso tenía de excusa, porque lo que realmente le gustaba, era salir con su bote y fingir que era un pirata, un aventurero, alguien que tenía las más grandes aventuras.

Pasaron los años y Edward creció hasta convertirse en un gallardo muchacho, de constitución fuerte y saludable, ya que le había crecido un poco de barba, que adoraba y cuidaba vanidosamente; con los años había aprendido todo lo que era necesario para navegar.

Un día salió a mar abierto y no notó la fuerte tormenta que se avecinaba. La embarcación pronto naufragó.

Llegó a una isla en medio del mar, exploró y se adentró cada vez más en ella.

Caminó horas sin encontrar a ninguna persona. De repente, en la densa vegetación se podía ver un brillo. Corrió hasta llegar a él y se sorprendió al hallar árboles de esmeraldas: habían llegado a Ónix.

Extasiado de emoción y dicha siguió su camino. No pasó desapercibido el castillo de oro ni la muralla.

Decidió ir a buscar ayuda. Cuando estaba por entrar, grandes guardias lo detuvieron y lo llevaron ante el rey.

Lo recibieron con alegría, pues no tenían visitas a menudo. Pasó una semana y Edward era tratado como un príncipe; sin embargo, no se sentía feliz. Extrañaba su hogar, pero la gente de esa ciudad no entendía su tristeza.

Edward intentó hablar con el Rey para mostrar su desinterés en las riquezas, pues él solo quería volver a casa.

No muy convencido de su honestidad, el rey lo interrogó

-¿Cómo es que no deseas las grandes riquezas de esta ciudad?

-No las deseo pues no son mías, lo único que tengo es mi hogar

-¿Es tu hogar de oro o jade?

-No, es de madera y sin brillo, majestad

¿Son tus bosques de esmeraldas y amatistas?

-No, son de árboles cuyos frutos saboreo al pasar

-¿Tienes soldados que te cuiden y guarden?

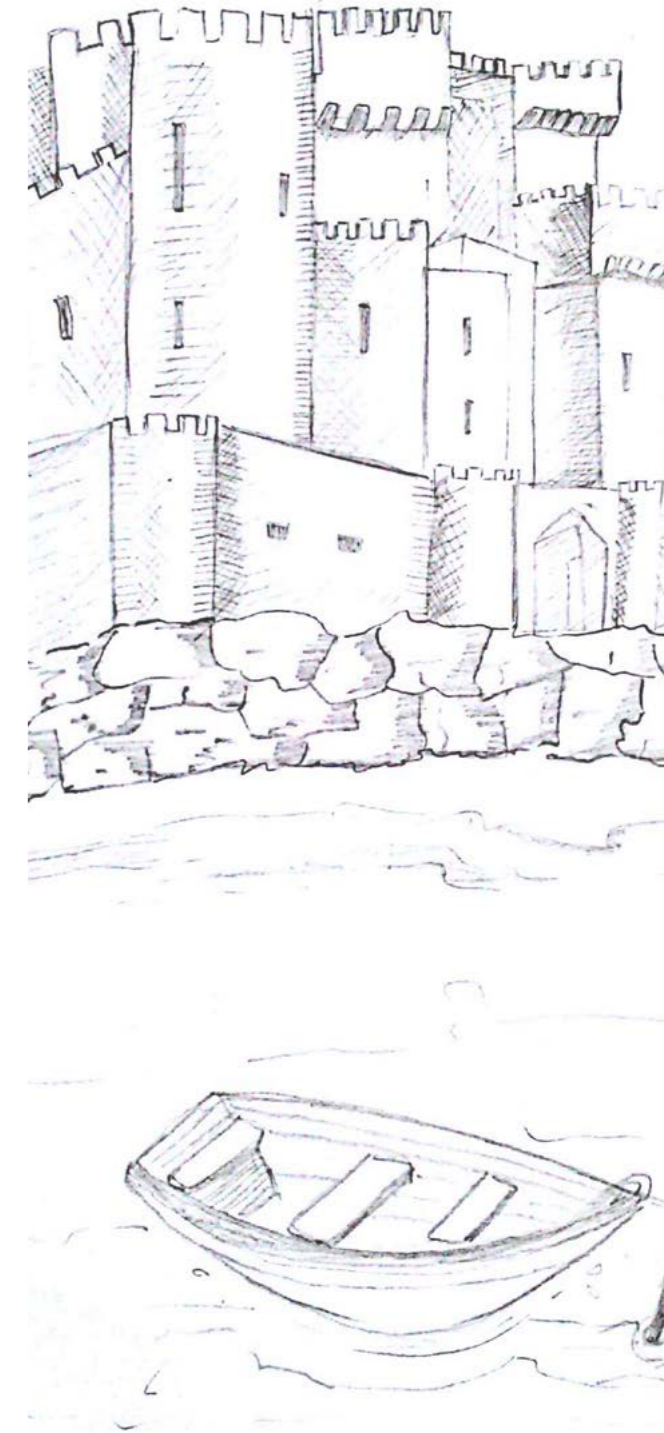
-No, tengo una madre que me ama y lo hace sin orden alguna.

El rey, impresionado por el amor a tan sencilla vida, le permitió irse, con la condición de callar la ubicación de la ciudad e irse sin ninguna joya o riqueza. Edward aceptó con gusto; le dieron un barco, el más sencillo que tenían, era un pequeño bote de madera con diamantes. Fue lo único que pudo sacar de la ciudad con autorización del rey, pues no tenían barcos sencillos.

Ya en mar abierto, sin saber qué camino seguir, lo tomó por sorpresa una tormenta, que lo llevó devuelta a la playa de su hogar.

Su madre lo recibió con afecto, se impresionó de los diamantes del barco, los cuales usaron para arreglar la posada y mejorarla.

Edward nunca dijo a nadie cómo llegó a la ciudad de Ónix, pero a pesar de esto, avariciosos marinos se adentraban al mar en su búsqueda, sin nunca volver. No habían comprendido como Edward, que la mayor riqueza que el hombre puede poseer, es su hogar.



La ciudad futbolera

Son las seis de la mañana, suena el despertador y se prende el televisor por el temporizador. La voz de Quique Wolf en “Hablemos De Fútbol” me empieza a despertar. Al abrir los ojos, lo primero que veo son las banderas, carteles, camisetas y demás elementos del Club Independiente Santa Fe y del Club Atlético Boca Juniors, que tengo en mi cuarto. Procedo a bañarme y mientras lo hago, pienso en qué partidos hubo la noche anterior y en los que habrá en la presente noche. Al salir de la casa observo el panorama y todo lo relaciono con fútbol; es algo inevitable. En mi mente siempre está la forma de una narración de fútbol. Cuando cojo el bus, cuando corro a clase, es como si en todo momento estuviera la voz de Mariano Closs narrando todo lo que hago.

Al transcurrir de mis días, siempre me hago una pregunta con cierto temor, ¿qué sería la vida sin fútbol? Y al pensar la respuesta, simplemente prefiero cambiar



de pensamiento, ya que a mi mente llegan otras preguntas como: ¿qué hubiera pasado si no hubiera existido figuras como Ronaldo Nazario, Ronaldinho, Román Riquelme, Pelé o Maradona? Y llego a la conclusión de que mi vida no tendría ningún sentido. El fútbol es mi vida, mi motor y mi motivación.

En mi ciudad, la pasión por el fútbol, se empieza a ver los fines de semana alrededor del estadio Nemesio Camacho El Campín. Se ven las banderas, camisas y todos los accesorios pertenecientes al equipo de los amores. ¿Alguna vez se acabará el fútbol? ¿Alguna vez habrá un mundo sin futbol? No lo sabemos, pero por ahora, es mejor seguir disfrutándolo.